

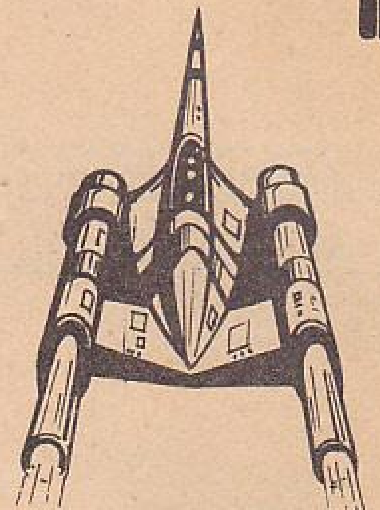

# LOS ENEMIGOS DEL SOL

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





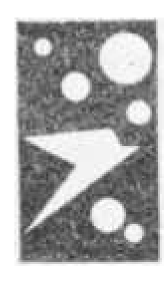
# La conquista del ESPACIO

**JOSEPH**

**BERNA**

# LOS ENEMIGOS DEL SOL

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 454
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S A.

BARCELONA - BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

449 — La ambición del terrícola Snock. — *Ralph Barby.*
450 — Asalto a la 4.a dimensión. — *Glenn Parrish.*
451 — ¡Cadáveres! — *Curtis Garland.*
452 — Planeta errante. — *Glenn Parrish.*
453 — Los hematófagos. — *Kelltom McIntire.*

ISBN
84-02-02525-0
Depósito
legal: B.
6.169 -
1979
Impreso en
España - Printed
in Spain l.:‘
edición: abril,
1979



Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S A. Mora la Nueva,
2. Barcelona (España;

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paréis del Valles (N-152, Km
21,650)
Barcelona
—
1979

# CAPITULO PRIMERO

La fantástica piscina del hotel Atlántida, uno de los mejores hoteles de Miami, se hallaba extraordinariamente concurrida aquella mañana.

El sol calentaba de firme, y era lógico que los clientes del hotel deseasen refrescarse. Kurt Lang no quería ser una excepción.

En bañador, y con una toalla sobre el hombro izquierdo, salió de su habitación y bajó a la piscina.

Kurt contaba veintiocho años de edad, medía 1,82 de estatura, y pesaba alrededor de los ochenta kilos. Tenía el pelo rubio, abundante y rebelde, los ojos azules, la nariz recta, el mentón firme. Un hombre, en suma, fuerte, atlético y apuesto.

De los que gustan a las mujeres al primer golpe de vista.

Sin embargo, su aparición en la piscina pasó, en principio, desapercibida.

Hasta cierto punto, parecía lógico, teniendo en cuenta la cantidad de gente que allí había.

Pero no lo era. En absoluto.

Kurt Lang era uno de los más populares presentadores de televisión, y se le reconocía inmediatamente en cualquier punto del país, especialmente, por parte del público femenino.

¿Sería el hotel Atlántida la excepción...?

A Kurt no le hubiera importado que así fuera.

Su tremenda popularidad le traía no pocos problemas. Y siempre con las mujeres.

Las de allí, sorprendentemente, parecían ignorarle...

De pronto, una atractiva pelirroja que se hallaba tendida boca abajo sobre una tumbona, se fijó en él.

La chica, que lucía un exiguo monobikini, respingó cómicamente

sobre la tumbona. Con ojos agrandados por la sorpresa, exclamó:
—¡Si es
Kurt...!
¡Kurt
Lang...!
La chica que ocupaba la tumbona de al lado, una rubia que tenía menos desperdicio que una pera confitada, casi se cayó de ella, del brinco que pegó.
Como también iba en monobikini, le brincaron otras cosas, para deleite del tipo, menudo, casi calvo, y cuarentón, que tenía al lado, y que ya llevaba un tiempo con los ojos clavados en los desarrollados senos de la rubia, justo desde que ella se diera la vuelta en la tumbona y quedara boca arriba.
El tipo la observaba disimuladamente, eso sí, pues tenía un periódico en las manos y hacía como que lo leía, el muy cuco.
No tenía más remedio que disimular, ya que su esposa estaba a su lado, y si le sorprendía contemplando embobado los pechos de la chica rubia o de alguna otra de las que iban en monobikini, cobraría, y no precisamente la paga del mes.

Su mujer era alta y robusta, y arreaba cada sopapo que...
—¿Dónde? —exclamó la apetecible rubia, mirando hacia todos
lados.
—¡Allí! —gritó la pelirroja, apuntando con el
brazo hacia Kurt Lang. La rubia dio un saltito
al descubrirle.
El tipo menudo y de poco pelo en la testa casi mordió el periódico, al
ver los saltitos que daba lo «otro».
—¡Es cierto!... ¡Es Kurt Lang en persona! —chilló la rubia, casi
histérica.
—¡Voy a saludarle! —dijo la pelirroja, toda decidida, y saltó
ágilmente de la tumbona. Como tampoco sus protuberancias
pectorales eran ninguna tontería, el tipo menudo empezó a roer la
página de los deportes.
Ya
no
podía
más.
El
era
un
hombre.
Pequeñito,
pero
hombre.
Y le gustaban
las mujeres con
locura. Todas.
Bueno, todas, no;
la suya no le
gustaba. Tenía
cara de sargento.
Y lo era.
Hacer el amor con ella era
como hacer instrucción. No
paraba de dar órdenes.
Y en un tono que...
En una ocasión estuvo tentado de alquilar un traje de soldado y
ponérselo para dormir, en vez del pijama.
Pero no se atrevió, claro.
Su mujer no tenía el menor sentido del humor, y de un revés le
hubiera hecho volar el casco.
Mientras el tipo menudo roía el periódico con disimulo, la chica
pelirroja se disparó hacia Kurt Lang.

La rubia, que no estaba dispuesta a dejarse pisar el terreno, alargó la pierna con rapidez y engatilló el pie zurdo de la pelirroja.
Esta se pegó un batacazo de campeonato.
Por suerte para ella, el suelo estaba cubierto de verde y tupido césped, el cual amortiguó no poco la caída.
La rubia echó a correr
hacia Kurt Lang. Pero
no fue la primera en
llegar junto a él.
Sus gritos y los de la pelirroja habían sido oídos por otras chicas, y algunas de ellas rodeaban va al presentador de televisión.
—¡Kurt!
—¡Guapo!
—¡Precioso!
—¡Mi habitación es la 2.088!
—¡La mía, la 1.492! ¡Conque te acuerdes del
descubrimiento de América...! Kurt Lang, abrumado,
no sabía cómo contener a las chicas.
Le abrazaban.

Le besaban.
Le pellizcaban.
Y cada vez eran más.
—¡Vamos, chicas, por favor! —rogó, intentando escaparse del grupo de ardientes féminas.
El tipo menudo se moría de envidia.
A él no le hubiera importado verse cercado y apretujado por aquella docena larga' de mujeres jóvenes y hermosas, prácticamente desnudas, pues eran muy pocas las que llevaban bikini o bañador.
Se encontraban ya en el año 2011, y hacía tiempo que el monobikini se había impuesto entre las féminas que podían permitirse el prescindir de la pieza de «arriba».
—¿Te ha entrado complejo de ratón, Jeremy? —dijo alguien, con una voz que recordaba mucho al grave sonido del contrabajo.
El tipo menudo respingó, al oír la «dulce» voz de su mujer.
—¿Cómo?
Ella le miró severamente, como siempre.
—¿Por qué muerdes el periódico?
—¿Que yo...?
—Casi te has terminado la
página de los deportes.
Jeremy rió nerviosamente.
—¡Oh!, sí, es cierto... Lo siento, Ethel. Es tan interesante la crónica del combate de boxeo disputado anoche, entre Max Neutrones y Joe Protones, que...
—Roer el papel es de ratas.
—Descuida, no volveré a hacerlo —carraspeó Jeremy.
—¿Qué pasa allí?
—¿Dónde? —preguntó Jeremy, haciéndose el loco.
—Un grupo de mujeres están rodeando a un hombre.
—Oh, es verdad...
—Se diría que quieren comérselo.
—A lo mejor son antropófagas —bromeó Jeremy.
—Unas desvergonzadas, eso es lo que son —rezongó Ethel.
—Mujer, si lo conocen...
—Aunque lo conozcan.
—Yo creo que...
—Mejor que no creas nada. Vuelve a tu crónica de boxeo. Si es que queda algo de ella... Jeremy tosió y clavó la vista en el periódico, aunque, por el rabillo del ojo, siguió observando al grupo de chicas, que se empujaban y golpeaban sin ningún disimulo por estar más cerca de Kurt Lang.
Este, casualmente, reparó en una muchacha morena que tomaba el sol no lejos de donde él había sido asaltado por el grupo de chicas.

Debía de andar por los veintidós años, su rostro era bellísimo, y su cuerpo, largo y esbelto, apenas cubierto por un minúsculo bikini azul, una maravilla.

La joven contemplaba, divertida, la singular escena. Kurt tuvo una idea, y la puso rápidamente en práctica.

—¿Qué va a pensar mi novia, chicas...?
Las mujeres que le rodeaban se quedaron paralizadas.
—¿Novia...? —exclamaron a coro, entre sorprendidas y desilusionadas.
—Sí, preciosas.
—¿Está aquí, en la piscina...? —preguntó la rubia que le pusiera la zancadilla a la pelirroja.
—Sí, bajó antes que yo.
—No sabíamos que tuvieras novia, Kurt... —murmuró la pelirroja,
—Disculpadme por haberlo mantenido en secreto, guapas —sonrió el presentador de televisión.
—¿Y piensas casarte con ella, Kurt...? —inquirió una exuberante muchacha con el pelo teñido de azul.
—Por supuesto —asintió Kurt, dando una fugaz ojeada al impresionante busto de la chica, que parecía querer embestirle.
—¿Tanto la quieres? —preguntó otra.
—Estoy enamoradísimo.
—Qué chica tan afortunada... —suspiró lánguidamente la que le pidió que se acordara del descubrimiento de América, que también tenía unas defensas muy estimables.
—Lo siento, chicas, pero tengo que dejaros. Mi novia es un poco celosa, y no le habrá gustado nada el caluroso recibimiento que me habéis dispensado. Hasta la vista.
Kurt Lang recogió su toalla de baño del suelo, se la echó de nuevo al hombro, y caminó directamente hacia la hermosa muchacha morena, seguido de las miradas de las chicas que hasta pocos segundos antes le habían tenido cercado y apretujado.
Ella no pareció

ponerse nerviosa.

Kurt se sentó a su lado, sobre el césped, y le puso la mano en la cadera, besándola seguidamente en los labios, llenos y jugosos. La chica no hizo nada por impedirlo. Kurt levantó la cabeza.

Se miraron fijamente a los ojos. Ella los tenía verdes, grandes y brillantes.

— Hola — le sonrió Kurt.

—Hola —respondió la joven, ni seria ni risueña. —Sorprendida, ¿verdad?

—Mucho. No sé si darle las gracias... o una bofetada. —Explíqueme las razones para lo primero.

—Me ha gustado su beso.

— ¿Y para lo segundo...?

—No me gustan los frescos.

— Yo no soy

un fresco.

—Pues lo disimula muy bien.

—¿Cómo se llama?

—Vanessa Ballard.

—¿Sabe usted quién soy, Vanessa?

—Naturalmente. Suelo ver bastante televisión.

—Entonces, sabrá que hay cientos de chicas locas por mí. —Millares.

Kurt sonrió.

—No quise parecer inmodesto.

—Debe usted sentirse muy orgulloso de tener tanto éxito con las mujeres, ¿verdad?

—Al contrario, me molesta enormemente.

—No puedo creerlo.

—¿No ha visto lo que ha pasado, hace un momento? —¿Se refiere a las chicas que salieron a su encuentro? —No salieron a mi encuentro, se me echaron encima como leonas.

—Demostró usted ser un excelente domador, señor Lang. —No lo crea. ¿Sabe lo que tuve que decirles, para que no se me comiesen vivo?

—Estoy muerta de curiosidad.

—Que usted era mi novia.

—¡No!

—Sí.

—¿Y se lo creyeron...?

—A la vista

está que sí.

—Ahora entiendo por qué me besó.

—Tenía que darle veracidad a mi historia.

—Se la dio, no hay duda. Y se la sigue dando, porque su mano continúa sobre mi cadera.

—¿Le molesta?

—No. Pero sigo opinando que es usted un fresco, señor Lang.

—Sólo trato de que esas fieras no me devoren, Vanessa. —Ya.

—¿Permitirá que esta farsa siga adelante?

—¿Por cuánto tiempo?

—Lo que duren mis vacaciones.

—¿Y cuánto durarán?

—Bueno, me dieron treinta días.

—¿Y cuántos ha disfrutado ya? Kurt Lang carraspeó.

—He empezado mis vacaciones hoy,

Vanessa.

—También yo.

—¿De veras...? —se alegró Kurt.

—Sí. Y tengo treinta días, como usted.

—¡Oiga, eso es magnífico!

—No puedo fingir que soy su novia todo un mes, señor Lang. Es mucho tiempo.

—No se aburrirá usted, se lo prometo.

—Tal vez no, pero...

—Si lo que teme es que me aproveche de la situación, puede estar tranquila. Estoy harto de tanta mujer, créame. Vanessa Ballard sonrió maliciosamente.

—A ver si ahora le da por los hombres...

—No, eso jamás. Antes me ahorco en un perchero. Lo que necesito es un descanso.

—Entiendo. Treinta días sin acostarse con una mujer, y luego, vuelta a la carga.

—Eso es.

—De acuerdo, seré su novia de mentirijillas durante este mes de ayuno.

Kurt sonrió ampliamente.

—No se arrepentirá, Vanessa.

—Eso espero.

—Le daré otro beso.

—¿Otro...?

—Las leonas siguen mirándonos, y no quiero que sospechen la verdad.

—Bueno, si es por eso...

Kurt la besó.

Recreándose más en la caricia que antes.

Al propio tiempo,, su mano recorrió suavemente la espléndida cadera femenina. Notó que Vanessa Ballard se estremecía ligeramente.

Ella le empujó por los hombros, disimuladamente, obligándole a interrumpir el beso.

—Oiga, ¿qué clase de ayuno es éste? —dijo.

Kurt tosió.

—Hay que darle autenticidad a la cosa, Vanessa.

—¿Tanta...?

—Tiene que ser así, para que resulte.

—Pues me temo que me voy a volver atrás.

—¿Por qué?

—Es usted muy hábil besando y acariciando, Kurt, y me pone nerviosa.

—¿Nerviosa...?

—No me obligue a utilizar la expresión exacta.

—Oh, me parece que sé a lo que se refiere... —carraspeó Kurt.

—Me alegro de que me entienda.

—No se preocupe, me mostraré más torpe la próxima vez. —¿Qué le parece si nos damos una zambullida?

—Excelente idea.

Se levantaron los dos.

Kurt dejó su toalla sobre la tumbona de Vanessa, tomó a la joven de la mano, y caminaron hacia la piscina.

En el preciso instante en que iban a arrojarse al agua, sucedió algo que llenó de sorpresa a todos cuantos se hallaban en la

piscina y fuera de ella.
Tras la
sorpresa,
vino el
miedo. El
terror,
más bien.
Y, ciertamente, no era para menos.

# CAPITULO II

En principio, pareció que se trataba de un eclipse solar, que la Luna se había interpuesto entre el Sol y la Tierra, pues, en un brevísimo espacio de tiempo, todo quedó oscuro. Como si la noche hubiera llegado de pronto.

Esta fue la causa de que los clientes del hotel Atlántida se llenaran de sorpresa, pues ningún centro meteorológico o astronómico había advertido que aquella mañana iba a tener lugar un eclipse total de sol.

La sorpresa dio paso al miedo cuando la temperatura, excesivamente calurosa hasta entonces, fue perdiendo grados por segundos, llegando, incluso a tornarse fría, casi invernal.

A todo esto, el eclipse de sol, o lo que fuera, persistía, permitiendo que las sombras lo envolvieran todo.

El miedo dejó paso al terror, y los bañistas, la mayoría de ellos tiritando de frío, comenzaron a lanzar exclamaciones como éstas:

—¡El sol se ha apagado!

—¡Ya no produce calor!

—¡Vamos a perecer todos de frío!

—¡Esto es el fin del mundo...!

El pánico se extendió rápidamente, provocando un auténtico caos. Todo el mundo corría y chillaba.

Las atropelladas carreras hicieron que bastantes personas tropezasen entre sí y cayesen al suelo,

Vanessa Ballard, que se había abrazado instintivamente a Kurt Lang, gritó:

—¡Vamos a morir, Kurt!

El presentador de televisión la estrechó con fuerza.

—Cálmate, Vanessa —la tuteó—. No va a morir nadie.

—¡El Sol ha desaparecido del cielo, y hace frío!

—Pronto se normalizará todo, ya lo verás.

—¡Entremos en el hotel! ¡Me estoy quedando helada!

—Sí, vamos.

Jeremy, el cuarentón menudo y casi calvo, y su esposa, también habían tomado la decisión de refugiarse en el hotel.

Como la totalidad de los bañistas.

—¡De prisa, Jeremy! —gritaba la robusta y sargentona Ethel, abriéndose paso a empujones y codazos.

Su esposo quiso seguirla, pero como él tenía mucho menos empuje, se quedó un poco rezagado.

En cierto modo fue una suerte para él, pues gracias a ello se encontró avanzando, codo con codo, con la rubia que tenía menos desperdicio que una pera confitada.

De pronto, alguien les propinó un violento empujón y los dos perdieron el equilibrio, cayendo al suelo.

Jeremy, que seguía con la suerte de cara, se vio encima de la escultural rubia,

prácticamente pegado a ella.
No pudo sentir el calor de sus rotundos senos, porque la chica estaba tan fría como él, pero sí pudo percibir su dureza.
Suficiente para que dentro de él se produjera una increíble reacción.
Fue como si acabara de
tomarse una copa de coñac. O
de whisky.
O de vodka.
O de alcohol puro.
Ya no sentía ningún frío.
Se encontraba tan bien así, pegadito a la rubia, que no hizo nada por levantarse.
La chica estaba tan asustada que, en lugar de pedirle que se apartara inmediatamente de encima de ella, se abrazó a él desesperadamente, gritando:
—¡Esto es el fin, esto es el fin!
—O el principio, según se mire —murmuró Jeremy, abrazándola también.
—¡Yo no quiero morir!
—Ni yo. Y menos ahora.
—¡Tengo mucho frío!
—Yo la haré entrar en calor, no se preocupe.
—¡Usted también está helado!
—Sólo por fuera.
—Oiga, ¿qué hace?
—Friccionarle vigorosamente el cuerpo, para quitarle el frío.
—¿Seguro que no se está aprovechando?
—¿Tengo yo cara de aprovechón?
—Me parece que no.
—Usted conoce bien a los hombres, no hay duda —sonrió el zorro de Jeremy, y siguió aprovechándose.
Llevaba años soñando con una ocasión como aquélla.
¿Cómo iba a desaprovecharla?
Entretanto, el caos seguía reinando entre los
aterrorizados bañistas. Muchos de ellos habían
logrado refugiarse en el hotel.
Kurt Lang y Vanessa Ballard estaban a punto de alcanzar la puerta, cuando la luz empezó
a volver en el cielo.
Dio la impresión de que estaba amaneciendo.
¡Amaneciendo a las
once de la mañana...!
Había, no obstante,
una sensible

diferencia.
El sol no surgía por el horizonte, poco a poco, sino que estaba ya bastante arriba, como correspondía a la hora en que se encontraban.
Surgía entero, en el mismo punto en que tan misteriosamente desapareciera. En un par de minutos, desapareció hasta la última sombra.
La mañana volvía a ser tan clara y tan luminosa como antes. Aparentemente, al menos.
La temperatura fue subiendo con la misma rapidez que había bajado. Los aterrados bañistas empezaron a sentirse mejor.

El extraño fenómeno meteorológico había desaparecido por completo. Ya nadie pensaba que había llegado el fin del mundo.
Que iban a morir todos congelados.
De ahí que el pánico fuera remitiendo.
Todos miraban el cielo, con gestos de alivio.
Todos, menos el pícaro de Jeremy.
El seguía friccionándole cosas a la rubia.
Ella, perpleja todavía por la vuelta a la normalidad del cielo, le dejaba hacer, sin proferir la más leve queja.
Kurt Lang apretó a Vanessa Ballard contra sí.
—¿No te dije que pronto se normalizaría todo, Vanessa?
—¿Qué diablos ha podido pasar, Kurt? —inquirió ella, dejándose acariciar.
—Ha sido un eclipse de sol, no hay duda.
—¿Y el brusco descenso de temperatura...?
—Eso sí que no sé a qué ha podido ser debido.
—Todavía siento frío...
—Y yo. Pero pronto desaparecerá. El sol vuelve a calentar con la misma fuerza de antes.
—Con algo menos de fuerza, diría yo.
—También yo tengo esa sensación, pero es a causa del frío que hemos pasado. Ven, regresemos a las tumbonas y tendámonos en ellas, Ya verás como dentro de unos minutos sentimos nuevamente deseos de zambullirnos en la piscina.
Kurt cogió a la joven de la mano y la llevó hacia el lugar que ocuparan antes de que se produjera el fenómeno meteorológico.
La mayoría de los bañistas estaban ya volviendo también a sus tumbonas. Sin miedo.
Convencidos de que ya no corrían ningún peligro.
Y así era.
El único que allí corría peligro, era Jeremy.
Su mujer le había descubierto, entre dos tumbonas y encima de la rubia, manoseándola que era un gusto.
¡Y la rubia aguantando mecha!
Súbitamente, Jeremy se vio agarrado por la cintura y elevado con la misma facilidad que el gigante Goliat hubiera levantado al pequeño David.
—¡Socorro! —chilló, porque no sabía quién lo levantaba. Lo supo en cuanto oyó decir a un contrabajo:

—¡Sinvergüenza!
—¡Ethel! —se arrugó en el aire, y pareció
aún más pequeñito. La rubia intervino:
—¿Por qué le llama sinvergüenza, señora...?
—¡Porque lo es! ¡Y usted también!
—¡Señora!
—¡Ni señora ni cuernos! —rugió Ethel, fulminando con su mirada de militar a la rubia, que ya se había puesto en pie, toda enfadada.
—¡Querida, yo te lo explicaré todo! —gimió Jeremy.

—¡No hay nada que
explicar, desvergonzado!
La rubia miró a Jeremy.
—¿Es su
esposa?
—
preguntó.
—
Sí
—
asintió
él.
—Le
acompaño en
el
sentimiento.
—
Gracias.
—
¡Jeremy!
—
tronó
Ethel.
—¡Perdón, no quise decir eso! —se arrugó
nuevamente Jeremy.
—
¡Pero
lo
dijiste!
—
¡Ethel,
yo...!
—¡Será mejor
que te calles,
granuja! La
rubia intervino
de nuevo:
—Señora, ¿cómo va a enterarse de lo que pasó, si no
deja hablar a su esposo?
—¡Yo sé muy bien lo que pasó!
—rugió la sargentona.
—Me
parece
que no,

señora.

—¡Jeremy estaba encima de usted, y se lo tocaba todo!

—Me estaba friccionando el cuerpo. Yo tenía mucho frío, y él trataba de hacerme entrar en calor.

—Y lo consiguió, ¿verdad? —sonrió Ethel, sarcástica.

—Pues, sí. Y le estoy muy agradecida por ello —respondió la rubia, sonriendo al pobre Jeremy, que seguía en el aire.

Su mujer se lo había puesto bajo el brazo, como si fuera el estuche de un violín. Jeremy devolvió la sonrisa a la rubia, tímidamente.

Ethel soltó un rugido.

—¡Yo le daré a este bribón, por ser tan «atento» con las rubias en monobikini! — barbotó, y echó a andar hacia la puerta del hotel a grandes zancadas, entre las risas de los bañistas que habían seguido la discusión, pues resultaba tremendamente cómico verla caminar con su marido debajo del brazo.

# CAPITULO III

Kurt Lang no se equivocó.

Unos minutos después de haberse tendido al sol, él y Vanessa Ballard sintieron deseos de zambullirse en la piscina.

Así lo hicieron.

Nadaron un rato y luego regresaron a las tumbonas, tendiéndose nuevamente al sol.

—El agua estaba estupenda, ¿eh, Vanessa? —dijo Kurt.

—Demasiado fría —repuso la joven—. También ella ha sufrido los efectos del extraño eclipse de sol.

Kurt Lang dejó de mostrarse risueño.

—He estado pensando en eso, Vanessa.

—¿Sigues sin tener una explicación lógica para el brusco descenso de temperatura?

—Así es. Y me preocupa.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte a encontrarla. Entiendo muy poco de fenómenos meteorológicos.

—Yo conozco a alguien que sí entiende. Y mucho.

—¿A quién te refieres?

—¿Recuerdas aquel programa semanal que presentaba yo el año

pasado, llamado «Los genios del siglo XXI»?

—Por supuesto que lo recuerdo. Entrevistabas a los más famosos hombres de Ciencia. Era un programa muy interesante.

—Guardo un especial recuerdo de la entrevista que le hice a Gerald Hayes, meteorólogo y astrónomo.

—Oh, sí, el profesor Hayes... Dijo que vivía en Miami, ¿no?

—Sí, vive aquí. Y yo tengo su dirección.

—¿Estás pensando en visitarle...?

—¿Por qué no? Es un hombre sumamente atento y cordial. Me dijo que había quedado muy satisfecho de la forma en que llevé la entrevista, y que el programa le encantaba. Estoy seguro de que no tendrá inconveniente en recibirnos.

—¿ Recibirnos...?

—pestañeó la joven.

—Me gustaría que me acompañases, Vanessa.

—¿De veras quieres que vaya contigo, Kurt?

—Sí, me encantaría.

Vanessa Ballard sonrió maravillosamente.

—A mí también, Kurt.

—Vamos —dijo el presentador de televisión, levantándose.

—Todavía no estamos secos, Kurt...

—¿Para qué se inventaron las toallas? —sonrió Lang, cogiendo la suya.

—Tienes razón —rió Vanessa—. Anda, ayúdame a secarme —rogó,

poniéndose de espaldas a él.
Kurt le secó los hombros, la espalda, las caderas, la cara posterior de las piernas... Quiso secarla también por delante, pero ella le cogió la toalla y dijo:

—Por delante puedo secarme yo.

—Me hubiera gustado hacerlo a mí —sonrió Kurt, observando un instante los túrgidos y erectos senos de Vanessa, escasamente cubiertos por la pieza superior del reducidísimo bikini.

—De lo cual se deduce que no estás tan harto de las mujeres como dices —repuso la joven, con un brillo malicioso en los ojos. Kurt carraspeó.

—Yo sólo he dicho que me gustaría secarte.

—Pero estabas pensando en otras cosas, confiésalo.

—¿Y qué si las pensaba? Al fin y al cabo eres mi novia, ¿no?

—Pero no de verdad.

—Eso es lo malo.

—O lo bueno, según se mire.

—A mí, lo mire como lo mire, me gusta.

—Yo no me refería a mi busto.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí?

—

¿Te atreves a negarlo?

—No, porque es cierto que tu busto me gusta. ¿Por qué no usas monobikini?

—A veces lo uso.

—Póntelo la próxima vez que bajes a la piscina.

—¿Olvidas que aún te quedan veintinueve días de «a- vuno»?

—No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo, sólo que te pongas monobikini.

—Por ahí puede empezar la cosa.

—Tranquila, no pienso abandonar mi «ayuno».

—Está bien, lo pensaré.

—Anda, vamos —rió Kurt, tomándola de la mano. Caminaron hacia la puerta del hotel. Muy alegres.

Como si fueran novios de verdad.

*
*
*

Minutos después, Kurt Lang y Vanessa Ballard abandonaban el hotel Atlántida en el helimóvil del primero.

El presentador de televisión vestía un ajustado pantalón, azul brillante, y un chaleco de plástico, marrón claro, salpicado de rombos de distintos colores, el cual le dejaba los hombros y buena parte del tórax al descubierto.

Vanessa se había puesto unos pantaloncitos amarillos, muy brillantes, también, y una miniblusa de un solo tirante, color fresa, que le permitía exhibir la morena piel de su estómago.

—¿Queda lejos la casa del profesor Hayes, Kurt? —preguntó la joven.

—No, llegaremos en unos minutos —respondió Lang.

—Qué emoción.

—
¿El
qué?
—Conocer personalmente a un hombre tan importante
como el profesor Hayes. Kurt sonrió.
—Te cautivará por su bondad y
sencillez, ya lo verás.
—
Estoy
segura.
—Claro, que también
tú lo cautivarás a él.
—
¿Yo...?
—
Estás
guapísima.
—
No
seas
tonto.
—Tú
sabes
que
es
verdad.
—Las
hay más
guapas
que yo.
—Yo todavía no he encontrado ninguna, y he conocido
centenares de chicas.
—Eres un
maldito
adulador,
Kurt.
—Que nos
estrellemos si no
soy sincero.
—¡Eso no lo digas ni en broma! —se asustó Vanessa,
agarrándose al asiento. Kurt rió con ganas.
Poco después, divisaban la casa de Gerald Hayes, una preciosa
mansión circundada de árboles.
Kurt posó su helimóvil en la explanada que había frente

a la puerta principal.
—
Hemos
llegado,
Vanessa.
—Es una casa magnífica —comentó la
joven, impresionada.
—
Sí
que
lo
es.
Descendieron los dos del helimóvil y
caminaron hacia la puerta. Kurt llamó.
Treinta segundos después, abría una doncella,
graciosamente uniformada.
Era joven, todo lo más veintiún años, tenía el pelo rubio y poseía un rostro atractivo. Pero lo mejor eran las piernas, de muslos prietos y torneados, que ella exhibía genero- samente.
Apenas tirar de la puerta, la chica abrió mucho sus bonitos ojos color violeta y exclamó:
—
¡Kurt
Lang...!
—Vaya, veo que me ha
reconocido —sonrió Kurt.
—¿Cómo no iba a reconocerle? ¡Si tengo las paredes de mi cuarto repletas de fotos suyas, recortadas de las revistas!
—
¿De
veras...?
—¡Ay, si no puedo creérmelo! ¿Me deja que lo toque, para convencerme de que es verdad que lo tengo aquí, delante de mis narices? —preguntó la chica, cada vez más ner- viosa.
—Sí, ande tóquelo —
autorizó Vanessa, sonriente.
La doncella tocó los brazos del presentador de televisión, su atlético pecho, sus mejillas...
—¡Ay, que me voy a desmayar!
—gimió de emoción.
—Mujer, que no es para
tanto —rió Vanessa.
—¡No estoy soñando,
es de carne y hueso!

—Pues claro que es de carne y hueso.

—¿Me deja que le dé un beso, señor Lang?

Antes de que Kurt pudiera responder, lo hizo Vanessa:

—Todos los que quiera.

—¡Ay, que me vuelvo loca! —exclamó la doncella, y le solió un beso al presentador de televisión que casi lo asfixia.

—Qué chica tan apasionada —sonrió Vanessa.

—¡Eso dice mi novio! —rió la doncella.

—Oh, con que tiene novio, ¿eh?

—¡Sí, claro!

—¿Y qué opina su novio de este amor a distancia que siente usted por Kurt?

—¡Oh!, precisamente por eso, porque es a distancia, no le molesta. Como es con él con quien me acuesto...

—Claro —repuso Vanessa, con velada ironía. Kurt tosió.

—¿Está el profesor Hayes en casa?

—Sí, sí que está —respondió la doncella.

—¿Quiere preguntarle si puede recibirnos? Tengo mucho interés en hablar con él.

—En seguida. Pasen ustedes, señor Lang. Kurt y Vanessa entraron en la casa.

La doncella miró una vez más al presentador de televisión v, apretándose las manos, exclamó:

—¡Ay, cuando yo le diga a mi novio que le he dado un beso a Kurt Lang...!

—Será mejor que no se lo diga —carraspeó Kurt.

—Oh, no tema, no se lo creerá, se lo jure por quien se lo jure —rió la doncella, y se alejó corriendo, para avisar al profesor Hayes.

Vanessa Ballard miró socarronamente al presentador de televisión.

—Las derrites, Kurt.

—No te burles, Vanessa —rezongó Lang. '

—¿Quién se burla?

—Tú, lo noto en tu cara.

—No hago más que señalar tu terrible poder de seducción.

—Es mi popularidad lo que las seduce, no mi cara.

—Qué modesto eres.

—Si en lugar de ser presentador de televisión, fuese un simple oficinista, las mujeres no me asaltarían a cada dos por tres.

—Es posible.

—Es seguro.

—De todos modos, seguirías siendo un hombre muy apuesto y enamorando chicas. Aunque sólo fuesen las de tu oficina...
—Me buscaría una oficina pequeñita, donde no hubiese más de dos o tres chicas.
—¿Tan pocas...?
—Aún me parecen demasiadas,
—Pobrecito... —rió Vanessa.
Kurt iba a gruñir algo, pero en aquel momento regresó la doncella, con gesto

preocupado.
—Me parece que no nos trae buenas noticias... —murmuró Vanessa.
—¿Qué sucede, no puede recibirnos el profesor Hayes? —preguntó Kurt a la doncella.
—Oh, sí. Me ha rogado que los conduzca al salón —respondió la chica.
—¿Por qué esa cara tan triste, entonces?
La doncella se mordió el labio inferior.
—Al profesor Hayes le ocurre algo, señor Lang.
Kurt frunció el ceño.
—¿Qué le hace pensar eso?
—Está pálido, nervioso, extraño...
—Tal vez se sienta indispuesto —intervino Vanessa.
—Eso pensé yo. Pero, cuando se lo pregunté, me respondió que se sentía perfectamente.
—Qué raro.
—Estoy realmente preocupada, señor Lang. Nunca había visto así al profesor Hayes.
—Trataré de averiguar qué le sucede —prometió Kurt.
—Síganme, por favor.
La doncella les condujo al salón.
—Siéntense. El profesor Hayes vendrá en seguida —dijo, y los dejó solos en el salón. Kurt Y Vanessa, desoyendo la invitación de la doncella, permanecieron de pie.
Un par de minutos después, aparecía Gerald Hayes.
Era un hombre alto, fuerte todavía, pese a que ya rondaba los cincuenta años, de espesa y revuelta cabellera gris y facciones nobles.
La doncella había dicho la verdad.
Su cara estaba alarmantemente pálida, le temblaban perceptiblemente las manos, y en sus ojos había un temor evidente.
Pese a todo, el famoso meteorólogo y astrónomo forzó una sonrisa y tendió su diestra al presentador de televisión.
—Qué sorpresa tan agradable, señor Lang.
—¿Qué tal está, profesor? —sonrió Kurt, estrechando la mano de Gerald Hayes. La encontró fría.
Extrañamente fría.
—¿Qué le trae por Miami? —preguntó el profesor Hayes.
—Estoy de vacaciones —explicó Kurt..
—Oh, eso es magnífico.

—Permítame que le presente a Vanessa Ballard.
—¿Su novia?
—De momento, sólo una buena amiga —carraspeó Kurt.
—Es muy guapa. ¿Cómo está usted, señorita Ballard?
—Es un placer conocerle, profesor Hayes —sonrió Vanessa, estrechando la diestra del científico.
—El placer es mío, señorita. ¿Les sirvo una copa, señor Lang?
—No se moleste, profesor.
—Por Dios, no es ninguna molestia. ¿Qué prefieren tomar?

—Cualquier cosa. Lo
dejamos a su elección.
—Tengo un licor de cerezas que es algo extraordinario. Les encantará; especialmente a usted, señorita Ballard. Es un licor muy dulce y suave.
—¡Hum!, ya estoy deseando probarlo, profesor —rió encantadoramente Vanessa.
—Qué chica tan simpática. Si el señor Lang no se casa con usted, es tonto de remate. Kurt Y Vanessa rieron.
El profesor Hayes se acercó a la pared
y accionó un resorte.
La puerta del mueble bar, empotrado en la pared, se abrió silenciosamente, dejando visibles las dos largas hileras de botellas, las copas, y un recipiente repleto de cubitos de hielo.
Gerald Hayes, que seguía esforzándose por aparentar una naturalidad que estaba muy lejos de poseer, tomó la botella de licor de cerezas, la destapó, y escanció en tres de las copas.
El nerviosismo que trataba de contener le jugó uña mala pasada, haciéndole derramar parte del licor sobre el mueble bar.
Kurt y Vanessa cambiaron una
mirada, preocupados. El
presentador de televisión no
quiso esperar más.
Se acercó al científico, le quitó la botella de las manos, y lo miró fijamente a los ojos.
Unos ojos que trataban de ocultar el miedo que había tras ellos, sin conseguirlo plenamente.
—¿Qué le
ocurre,
profesor
Hayes?
—Nada —respondió Gerald Hayes,
rehuyendo la mirada de Kurt.
—¿No confía
usted en mí,
profesor?
—
Sí,
plenamente.
—Entonces,
dígame qué le
sucede.
—
Pero

si...
—El color ha huido de su cara, sus manos tiemblan, sus ojos brillan, asustados... ¿De qué tiene miedo, profesor Hayes?
Gerald Hayes lo miró directamente a los ojos y, en tono muy grave, comunicó:
—Alguien quiere destruir el Sol, señor Lang.

# CAPITULO IV

Kurt Lang creyó haber oído mal.

—¿Que alguien quiere que...?

—Destruir el Sol, señor Lang —repitió Gerald Hayes, con la misma gravedad de antes. Se produjo un silencio.

Vanessa Ballard notó que las piernas se le quedaban de pronto débiles.

Eran los efectos de la terrible impresión que en ella había producido las palabras del profesor Hayes.

No tuvo más remedio que sentarse en el sofá, el mueble más cercano a ella, y allí musitó:

—
Destruir
e!
Sol...
Gerald
Hayes
la
miró.

—Sí, señorita Ballard. ¿No es espantoso?

—Profesor Hayes... —murmuró Kurt.

—¿Sí, señor Lang?

—¿No fue un eclipse total de sol, lo que sucedió esta mañana...?

—No, no lo fue.

—¿Qué pasó, entonces? ¿Por qué se hizo de noche bruscamente, y descendió tanto la temperatura?

—Le diré lo que yo creo que ocurrió, aunque, por el momento, no pueda demostrarlo.

—Le escucho, profesor Hayes.

—El Sol fue atacado con algún tipo de arma tan poderosa como desconocida. Al recibir el impacto, por llamarlo de algún modo, se oscureció, y en la Tierra dejamos de recibir su luz. También perdió calor de forma considerable; de ahí el brusco descenso de temperatura en nuestro planeta. Afortunadamente, el Sol es una estrella poderosa. La temperatura de su fotosfera (1) alcanza los seis mil grados Kelvin (2), pero su región central, sometida a enormes presiones, alcanza temperaturas de hasta veinte millones de grados. Esta fue la causa de que se normalizara todo en sólo unos minutos, y volviesen la luz y el calor. El ataque sólo afectó la cromosfera (3) y la fotosfera, dejando intacta, o casi intacta, la región central. Y digo casi intacta porque, cuando el Sol volvió a brillar en el

cielo, la temperatura en la Tierra ya no fue la misma. El termómetro marcó tres grados menos que antes de que el Sol sufriera ese misterioso ataque —explicó Gerald Hayes.

**(1) Superficie brillante del Sol. Es la zona que parece arder en el cielo, compuesta, en su mayor parte, de los gases hidrógeno y helio.**

**(2) La escala Kelvin, o escala absoluta, inicia la cuenta en los -273° centígrados.**

**(3) Capa exterior del Sol, .formada por gases que lo envuelven de manera semejante a como la atmósfera envuelve a la Tierra. La temperatura, allí, es de 6.000 °C, como en la fotosfera.**

Kurt Lang, boquiabierto, murmuró:

—Ahora comprendo su temor, profesor Hayes. Si el Sol sufre nuevos ataques, y va perdiendo calor paulatinamente, la temperatura en la Tierra será cada vez más baja...

Hayes asintió con la cabeza.

—Unos tres grados menos, cada vez. Puede que más, a medida que la región central del

Sol vaya resultando afectada por los ataques, si es que éstos, como yo sospecho, se siguen

duciendo.
—¿Y quién diablos puede
estar atacando el Sol?
—En principio, debemos descartar totalmente que el ataque proceda de nuestro planeta. Sabido es que la vida en la Tierra depende de forma total y absoluta de la energía que el Sol nos envía. Si el Sol deja de producirla, o la que produce no llega hasta nosotros, la vida no sería posible. Y no creo que haya nadie en la Tierra tan loco como para desear el fin de todos sus semejantes. Y el suyo propio, naturalmente.
—
¿Entonces...?
—No hay más remedio que pensar en
seres de otro planeta.
Vanessa Ballard, que lo había escuchado todo con mucha
atención, brincó del sofá.
—¿Extraterrestres...? —exclamó, con
los ojos muy abiertos. El profesor
Hayes se volvió hacia ella.
—Sí, señorita Ballard. Creo que seres de otro mundo desean
destruir el Sol. O, al menos, convertirlo en una estrella roja.
—¿Una estrella roja...? —pestañeó
Vanessa, sin comprender. Hayes
explicó:
—El color de las estrellas, señorita Ballard, indica, de un modo bastante aproximado, su temperatura. Las estrellas azules están extremadamente calientes; las rojas, en cambio, están relativamente frías. Las amarillas, caso del Sol, son de características intermedias entre las azules y las rojas.
—Y si convierten el Sol en una estrella roja... —musitó Kurt, como
temiendo la respuesta.
Gerald
Hayes
lo
miró.
—Moriríamos todos
igualmente, señor
Lang. Kurt apretó los
puños y barbotó:
—¿Qué les hemos hecho nosotros
a esos extraterrestres?
¿Por qué desean acabar con todos nosotros, con los
animales, con las plantas? El profesor Hayes se encogió
de hombros.

—No lo sé, señor Lang.

—Malditos...

—La Tierra corre un grave peligro, señor Lang.

—Ya me doy cuenta —rezongó el presentador de televisión.

—Hay que descubrir, y pronto, a los enemigos del Sol.

—¿Del Sol... o nuestros?

—Del Sol, puesto que su ataque ha ido dirigido a nuestra estrella, no a la Tierra.

—Pero nosotros dependemos del Sol, así que...

—Si, tiene razón. Pero pienso que si esos seres de otro mundo deseasen solamente borrar todo tipo de vida de la faz de la Tierra, hubiesen atacado directamente nuestro planeta.

—Tal vez no estén en condiciones de intentarlo con éxito.

—Oh, vamos, señor Lang... —sonrió Hayes—. Unos seres que poseen un arma tan poderosa que es capaz de destruir el Sol, pueden atacar y arrasar cualquier planeta. Y en mucho menos tiempo.

—Sí, eso es verdad —tuvo que admitir Kurt.

Vanessa Ballard, aterrada por lo que oía, intervino:
—Si esos seres son tan poderosos bélicamente, ¿cómo vamos a impedir que destruyan el Sol?
—Eso digo yo —rezongó Kurt—. ¿Cómo vamos a detenerles?
—Con las armas, es evidente que no podemos —suspiró el profesor Hayes-—. Pero, si logramos ponernos en contacto con ellos, tal vez consigamos hacerles comprender que no deben destruir nuestra estrella.
—Lo dudo, profesor —repuso el presentador de televisión, escéptico.
—Se debe intentar, al menos.
Vanessa opinó:
—El profesor Hayes tiene razón.
—De acuerdo, confiemos en el diálogo, si es que conseguimos establecerlo —suspiró Kurt—. ¿Ha informado usted ya al Ministerio de la Defensa, profesor Hayes? Gerald Hayes bajó la mirada.
—Todavía no.
—¿Porqué?
—No tengo ninguna prueba de lo que digo, sólo es una teoría, una sospecha... Temo que nadie me crea, que piensen que me he vuelto loco.
—¿Loco...? ¿Acaso no es un hecho real que el Sol desapareció de pronto en el cielo, y que la temperatura bajó de un modo alarmante? —repuso Kurt.
—Sí, pero ambas cosas pudieron ser debidas a un extraño fenómeno astronómico, a una alteración natura! de! Sol...
—Usted está convencido de que no fue así, que el Sol fue atacado por un arma terriblemente poderosa, ¿no es cierto?
—Absolutamente convencido —asintió el científico.

—Yo le creo. Y Vanessa también, ¿verdad?
—Kurt miró a la joven.
—Me gustaría equivocarme, pero creo que el profesor Hayes está en lo cierto —respondió Vanessa.
Kurt Lang volvió a encararse con Gerald Hayes.
—Usted es un prestigioso hombre de Ciencia, profesor Hayes. Es posible que, al principio, al Ministerio de Defensa le cueste un poco admitir que seres de otro planeta han atacado el Sol, pero acabarán creyéndole. No tendrán más remedio.
El científico suspiró:
—Ojalá sea así.
—Debe usted llamarles inmediatamente.
—Sí, ahora mismo.
—¿Le importa que Vanessa y yo estemos presentes, profesor Hayes?
—Precisamente iba a pedírselo —sonrió Hayes.
—Gracias, profesor —sonrió también Kurt.

# CAPITULO V

El profesor Hayes habló, a través de su videófono, con el general Cooper, jefe supremo del Ministerio de Defensa de Estados Unidos.
Como era de esperar, el general Cooper, un hombre fornido, de cuarenta y siete años de edad y facciones enérgicas, se quedó atónito al oír que el Sol, una estrella con un diáme- tro de casi 1.400:000 kilómetros, y un volumen de más de un millón de veces el de la Tierra, había sido atacado por seres de un planeta desconocido y corría el peligro de ser destruido o convertido en una estrella roja, ocasionando la muerte de la Humanidad entera.
—¡Eso no es posible, profesor Hayes! —exclamó Cooper.
—Le aseguro que sí, general —insistió Gerald Hayes.
—¿Tiene usted pruebas que apoyen sus palabras?
—Por el momento, ninguna. Pero espero obtenerlas.
—Muy bien. Cuando las obtenga, vuelva a llamarme.
—Podría ser tarde, general Cooper.
—¡Maldita sea, profesor Hayes! —rugió Cooper—. Usted sólo tiene la sospecha de que el Sol ha sido atacado por extraterrestres, y pretende que yo lo crea, así por las buenas, sin presentar prueba alguna.
—Es necesario que me crea, general.
—¡Lo siento, pero no puedo! No entiendo por qué alguien tiene que desear la destrucción del Sol, no tiene ningún sentido.
—Para mí tampoco, lo confieso. Por eso creo que deberíamos tratar de ponernos en contacto con esos seres de otro mundo.
—Y preguntarles por qué quieren destruir el Sol, ¿verdad?
—Sí.
—¿Cree que

nos los dirían?

—No lo sé.

Hubo un silencio.

De pronto, el general Cooper interrogó:

—¿Ha hablado usted con alguien de esto, profesor Hayes? Gerald Hayes vaciló.

Kurt Lang, al cual no podía ver el general Cooper, como tampoco a Vanessa Ballard, pues ambos se hallaban alejados de la pantalla del videófono, le dijo por señas al científico que respondiera que no.

—No, no he hablado con nadie —mintió Hayes.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra, general.

—Bien, le prohíbo que lo haga. Si su teoría se difundiera, cundiría el mayor de los pánicos en la Tierra.

—Cundirá de todos modos, si no impedimos que esos seres...

—¿Sigan atacando el Sol?

—Sí.

El general Cooper sonrió.

—Su teoría tiene un gran fallo, profesor Hayes.

—¿Usted cree?

—Si fuera cierto que seres de otro mundo desean destruir el Sol, ¿por qué se limitaron a lanzar un solo impacto sobre él? Según usted, el Sol apenas quedó afectado por este pri- mer ataque. En buena lógica, los impactos debieran haberse sucedido, hasta destruir por completo el Sol, o convertirlo en una estrella roja, relativamente fría, como usted dijo...

—Quizá estén estudiando los efectos causados por su primer ataque —repuso el científico.

El general Cooper apretó las mandíbulas.

—Cree usted tener respuesta para todo, ¿verdad?

—Procuro razonar con lógica, sólo eso.

—¿Y le parece a usted lógico que alguien desee destruir el Sol?

—Ignoro los motivos que esos seres puedan tener para desear destruirlo, pero es evidente que los tienen.

El general Cooper resopló.

—Bien, profesor Hayes, vamos a dejar las cosas como están y a esperar acontecimientos. Usted, mientras tanto, procure hallar alguna prueba de que el Sol se apagó durante unos minutos, y la temperatura bajó muchos grados en la Tierra, porque alguien atacó nuestra estrella con un arma desconocida y poderosa. Si la halla, llámeme de nuevo y seguiremos hablando sobre esto. Y recuerde: ni una palabra a nadie. No se puede alarmar a la Humanidad entera sólo porque usted, solamente usted, entre tantos prestigiosos astrónomos, tenga la sospecha de que unos extraterrestres desean destruir el Sol. Buenos días.

El general Cooper cortó la comunicación y su imagen desapareció de la pantalla del videófono.

Gerald Hayes, desalentado, apagó el aparato y miró a Kurt Lang.

—¿No le dije que en el Ministerio de Defensa no me creerían, señor Lang?

—Ese general Cooper es un asno —masculló el presentador de televisión, contrariado.

—Mi teoría no es fácil de admitir, debemos reconocerlo.

—El general Cooper debió hacerle caso, aunque no le creyera. El riesgo es demasiado grande como para tomarse la molestia de comprobar si las sospechas de un prestigioso científico son ciertas o no —opinó Vanessa Ballard.

Hayes sonrió tristemente.

—Ningún otro astrónomo ha sospechado que se trate de un ataque al Sol, ya oyó al general Cooper.

—Ya lo sospecharán, ya, si se producen nuevos ataques —rezongó Kurt.

—Se producirán, estoy seguro —vaticinó el científico.

—Eso hará caer del burro al general Cooper.

—Esperemos que sí, y que el problema aún tenga solución.

—Recemos por ello —murmuró Vanessa.

—Bien, si me disculpan, volveré con mis aparatos —dijo Gerald Hayes—. Tengo que hallar pruebas que demuestren que no estoy chiflado.

—Vaya, profesor Hayes —sonrió Kurt—. Vanessa y yo regresaremos al hotel Atlántida.

Mi habitación es la 1.940. ¿Me avisará usted, si descubre algo?

—Por supuesto. Sólo con ustedes dos puedo hablar de lo que ocurre, con nadie más.

—Puede confiar en nuestra discreción, profesor.

—Ya sé que sí.

Gerald Hayes pulsó un timbre y la doncella apareció.

—¿Llamaba, profesor?

—Sí, Carrol. Acompaña al señor Lang y a la señorita Ballard hasta la puerta. Kurt y Vanessa se despidieron del profesor Hayes y siguieron a la doncella.

Cuando llegaron al vestíbulo, Carrol se detuvo y, en tono bajo, inquirió: —¿Han averiguado lo que le ocurre al profesor Hayes, señor Lang...?

Kurt cambió una mirada con Vanessa. Fue ésta quien respondió:

—Oh, no es nada serio, Carrol.

—¿Seguro?

—Puede usted estar tranquila, Carrol —dijo Kurt.

—¿Por qué se puso pálido y tembloroso?

—Trabaja mucho, y eso no es bueno, ya se lo he dicho a él.

—Sí, es verdad, se pasa horas y horas con el ojo pegado al telescopio, estudiando el Universo —suspiró la doncella—. Con tantas cosas bonitas que hay que mirar, en la Tierra... Mis piernas, por ejemplo. Cada vez me acorto más el uniforme, para ver si consigo que les eche una ojeada, pero nada. No me las mira ni

cuando me subo a la escalera para quitar el polvo a las lámparas, y eso que entonces enseño hasta el slip.
Kurt
y
Vanessa
rieron.
—No desespere, Carrol —dijo el presentador de televisión—. Verá como el profesor
Hayes acaba fijándose en
sus preciosas piernas.
—¿De veras le parecen preciosas...? —exclamó la doncella, subiéndose el uniforme lo suficiente para mostrar totalmente sus muslos.
Kurt soltó un carraspeo,
mientras se los miraba.
—Esculturales de
verdad, Carrol —
respondió.
—Tampoco las suyas están mal, señorita Ballard —observó la doncella, dando un repaso a los esbeltos miembros inferiores de Vanessa, que los breves *shorts* permitían admirar con generosidad —. Pero que nada mal...
—Gracias,
Carrol —
rió la
joven.
—¿Es usted amiga
íntima del señor
Lang?
—Sí —respondió Kurt,
anticipándose a Vanessa.
—Qué afortunada —repuso la doncella, con
un lánguido suspiro.
—El afortunado soy yo, Carrol —sonrió Kurt—. La señorita Ballard es una joven encantadora —añadió, mirando a Vanessa.
—Seguro que sí. Pero ha tenido mucha suerte, eso no me lo negará usted, ¿verdad, señorita Ballard? A miles de chicas nos gustaría conquistar a un hombre tan atractivo como el señor Lang, pero son muy pocas las que lo consiguen.
—Si, Kurt es un tipo difícil de cazar —asintió Vanessa,
sonriendo con ironía. El presentador de televisión tosió
ligeramente.
—
Tenemos

que
irnos,
Carrol.

—¿Volverán ustedes por aquí, señor Lang? —preguntó la doncella.
—Es posible que sí.
—Por si acaso no vuelven, déjeme que le dé un beso de despedida —dijo Carrol, y se lo dio.
Tan enorme como el primero, el que le diera antes de entrar en la casa.
Kurt estuvo a punto de pedirle a Vanessa, por señas, que buscara una botella de oxígeno.
Temía que iba a hacerle falta.
Tras el largo y asfixiante beso, la doncella le miró amorosamente.
—Adiós, señor Lang. Esta noche, cuando haga el amor con mi novio, pensaré en usted.
—Qué te parece... —murmuró Vanessa, conteniendo a duras penas la risa.
—En realidad, todas las veces pienso. Pero esta noche pensaré con más fervor —añadió Carrol.
—Hasta la vista, Carrol —carraspeó Kurt.
Tomó del brazo a Vanessa y salieron de la casa.
Subieron al helimóvil.
Kurt puso el motor en marcha y el aparato no tardó en elevarse, alejándose rápidamente de la casa del profesor Hayes.

# CAPITULO
# VI

El profesor Hayes había profetizado nuevos ataques al Sol, pero las horas iban pasando y éstos no se producían.

El Sol, como cada día, se ocultó en el horizonte y llegó la noche.

Durante la tarde, los distintos medios informativos habían comentado largo y tendido lo ocurrido aquella mañana.

Todos estaban de acuerdo en que no había sido un eclipse total de Sol, puesto que para que dicha circunstancia se diera, era necesario que la Luna estuviese en la línea de los nodos (1), y ése no era el caso, así lo había confirmado el Centro Astronómico de California.

**(1) Cada uno de los dos puntos opuestos en que la órbita de un planeta corta a la Elíptica o círculo máximo de la esfera celeste, que señala el curso aparente del Sol durante un año.**

Además, en los eclipses totales de Sol, el extremo del cono de la sombra de la Luna barría la superficie de la Tierra siguiendo una línea de gran longitud y de una anchura que podía llegar a ser, en el mejor de los casos, de 267 km. Fuera de esta línea, llamada «línea de totalidad», el eclipse era parcial.

No había ocurrido así en el fenómeno astronómico observado aquella mañana, pues la oscuridad cayó a! mismo tiempo sobre toda la parte del globo terráqueo donde, en aquel momento era de día.

Estaba, además, lo del brusco descenso de la temperatura...

Por todo ello, los astrónomos de los distintos centros pertenecientes a los países que se habían visto afectados por el extraño fenómeno, llegaron a la conclusión de que debía tratarse de una alteración natural del Sol.

Alteración que iban a estudiar durante los próximos días, para tratar de conocer las causas que lo habían motivado, y que esperaban no volvieran a producirse.

A ninguno de ellos, como ya señalara el general Cooper, se le había ocurrido pensar que pudiera tratarse de un ataque al Sol.

Sólo el profesor Hayes lo pensaba. Y parecía muy seguro de

ello.
Kurt Lang y Vanessa Ballard
ya empezaban a dudar.
El primer ataque al Sol, si es que realmente lo fue, se produjo a las once de la mañana, aproximadamente.
Desde entonces,
tranquilidad
absoluta.
Y eso era lo que hacía
dudar a Kurt y Vanessa.
No encontraban lógico que al primer ataque, que sólo afectó muy levemente al Sol, no le hubiesen sucedido otros.
¿Estaría
equivocado el
profesor Hayes?
¿Tendrían razón el resto de los astrónomos, y habría sido sólo una alteración natural del
Sol?
Estas dos preguntas se las repetían una y otra vez Kurt y Vanessa, mientras cenaban casi en silencio, visiblemente preocupados.

Tras la cena, en la fastuosa terraza del hotel Atlántida, el presentador de televisión sugirió:
—¿Bailamos un poco, Vanessa?
—¿De veras te apetece? —pareció extrañarse ella.
—Sí. ¿A ti no?
—Yo sólo pienso en una cosa, Kurt.
—No seas atrevida —sugirió Lang.
Vanessa soltó un gruñidito.
—Déjate de bromas —rezongó.
—Sólo trataba de hacerte sonreír, estás muy seria.
—Porque estoy preocupada. Y tú también lo estás, aunque ahora trates de disimularlo.
—Mover el esqueleto hará que nos olvidemos, al menos por unos minutos, de lo que a los dos nos preocupa.
—Lo dudo.
—Vamos, sonríe.
—No tengo ganas.
—Por favor... —insistió Kurt.
Vanessa dio un suspiro y luego distendió los labios.
—¿Complacido?
—Me gusta tu sonrisa, Vanessa.
—Pues ya te gustan dos cosas de mí: mi sonrisa y mi busto.
—Me gusta todo.
—¿Qué pretendes, conquistarme?
—Quizá lo intente.
—Sería emocionante.
—¿Crees que lo conseguiría?
—¡Seguro! Eres Kurt Lang, el hombre que las derrite. —Por favor... —rezongó Kurt, molesto.
—Carrol, la doncella del profesor Hayes, se fundió como la mantequilla en cuanto te vio.
—Carrol es una fresca.
—Si no llego a ir yo contigo a esa casa, te obliga a hacerle el amor en el sofá del vestíbulo.
—No creo que la cosa hubiera llegado tan lejos.
—Estoy segura de que sí.
—Anda, vamos a bailar —gruñó Kurt, levantándose. Iba elegantemente vestido.
Vanessa Ballard se levantó también.

Lucía un precioso vestido de noche, totalmente abierto por los lados, y muy aireado por arriba.
Kurt la tomó de la mano y la llevó hacia la pista.
La orquesta interpretaba una pieza muy lenta y melodiosa, y la mayoría de ¡as parejas bailaban abrazados.
Kurt no quiso ser menos y, tan pronto como cercó con su brazo la delgada cintura de
Vanessa, apretó a la joven contra sí.

Ella le miró.
—¿Por qué te pegas tanto?
—Para que lo de nuestro noviazgo parezca real.
—Ya.
—Unos besitos le proporcionarán un mayor realismo a la cosa.
—Que sean torpes.
—De adolescente —sonrió Kurt, y empezó a dárselos.
Besos cortos, suaves, procurando aplicar los labios en los puntos del rostro más sensibles al placer.
Vanessa no pudo contener un gemido.
—Conque besos de adolescente, ¿eh? ¡De
adulto y bien adulto! Kurt carraspeó.
—Se me olvidó decirte que yo fui un adolescente muy espabilado.
—Se nota, se nota.
—¿No te gusta que té bese así?
—Claro que me gusta, ése es el problema.
—¿Por qué problema?
—Enciendes en mi la llama del deseo.
—Soy un bombero de primera, no te preocupes.
—No lo dudo. Pero hasta dentro de veintinueve días, no podrás apagar ningún
«incendio». ¿Lo has olvidado ya?
—Bueno, en caso de emergencia... -—carraspeó nuevamente Kurt.
—Deja de besarme así y no lo habrá.
—Es que a mí me gustaría que la hubiera.
—A mí no.
—¿Qué pasa, es que voy a gustar a todas las mujeres menos a ti?
—Yo no he dicho que me gustes. Pero no quiero acostarme contigo.
—Tengo un dormir muy tranquilo, no doy patadas.
—No insistas, prefiero dormir sola.
—Me parece que tú me tienes manía, Vanessa.
—No digas tonterías.
—Admites que te gusto y, sin embargo, rechazas mi compañía.
—Sólo la nocturna.
—Que es la más importante.
—Precisamente por eso la rechazo. Una larga e intensa noche de amor, puede dejar una huella muy profunda.
—Me parece que va sé lo que temes.
—¿Sí?
—Enamorarte de mí.
—Quizá.
—Es eso, confiésalo.
—Muy bien, lo confieso.
Kurt la besó tiernamente en los labios.

—¿Qué tiene de malo enamorarse de mí?

—Que no existe la menor posibilidad de que una se vea correspondida.
—¿Quién lo ha dicho?
—No es necesario que nadie lo diga. Tú estás acostumbrado a dormir cada noche con una mujer distinta, porque las tienes a montones. No podrías conformarte con una sola.
—Si la quisiera de verdad, sí.
—Anda, ahora dime que te has enamorado de mí.
—No te lo diré hasta que no esté completamente seguro.
—Qué desilusión, esperaba que te declararas ahora —sonrió Vanessa, irónica.
—Si fuera un tipo sin escrúpulos, lo haría, para que así me permitieras pasar la noche contigo.
—Me hubiera negado igualmente, porque no te hubiera creído.
—Yo nunca miento, Vanessa, métete eso en la cabeza.
—Y tú métete la mano en el bolsillo.
Kurt, que había metido su diestra por la abertura lateral del vestido, la sacó de allí inmediatamente.
—Se supone que un novio debe acariciar a su novia, ¿no?
—Sí, pero sin pasarse, cuando se está en público.
—¿Y yo me estaba pasando...?
—¿A ti qué te parece? Tu mano se deslizaba directamente hacia donde la espalda pierde su honesto nombre.
Kurt tosió.
—Está bien, nada de caricias.
—Ni de besos, que ya me has dado suficientes. Y sepárate un poco, que tengo calor. Todavía flotaban en el aire las palabras de Vanessa, cuando, repentinamente, la temperatura empezó a descender.
Todos cuantos se hallaban en la terraza se dieron cuenta de ello. Kurt y Vanessa se miraron.
Ninguno de los dos dijo nada, pero estaban pensando lo mismo. Que el Sol acababa de sufrir un segundo ataque.

# CAPITULO VII

En muy pocos segundos, la temperatura en la terraza del hotel Atlántida bajó hasta los cero grados.

Una temperatura realmente invernal.

Los músicos dejaron de tocar y, tanto ellos como los clientes del hotel, corrieron a refugiarse en el interior del edificio, asustados.

Todos pensaban que se había producido una nueva alteración natural del Sol, y, aunque la vez anterior se normalizó la situación en sólo unos minutos, ignoraban lo que ahora podía ocurrir.

De ahí su temor.

Además, dos alteraciones del Sol en un mismo día, por muy naturales que fueran, eran demasiadas alteraciones, y el que más y el que menos volvía a pensar que en la Tierra corrían el riesgo de quedarse todos congelados como pescados, si seguían produciéndose aquellos bruscos descensos de temperatura.

Si hubieran sabido lo que sabían Kurt Lang y Vanessa Ballard... Estos ya se habían metido dentro del hotel, tiritando de frío.

—¡Estoy como el hielo, Kurt!

—¡Y yo!

—¡Que enciendan la calefacción! —gritó alguien.

—¡Que traigan mantas! —pidió otro cliente.

—¡Si lo sé me traigo mi abrigo de visón! —exclamó Ethel, la robusta sargentona que estaba casada con Jeremy, el tipo menudo y casi calvo.

—¡Voy por él! —dijo su marido, disparándose como una Hecha.

—¡Jeremy! —tronó Ethel.

Jeremy se paró en seco, quedando con un pie en alto. —¿Si, querida...?

—¡Vuelve aquí inmediatamente!

—¿No decías que querías tu abrigo de visón...? Ethel lo desintegró con la mirada.

—¡Mi abrigo de visón está en Boston!

—¡Oh! ¿De veras?

—¡Pues claro! ¿Cómo me lo iba a traer a Miami, en pleno verano?

—Sí, tienes razón —sonrió nerviosamente Jeremy—. No lo pensé.

—Porque estabas pensando en otra cosa.

—¿En qué?

—¡En «friccionar» de nuevo el cuerpo de la rubia desvergonzada!
Jeremy dio un brinquito, porque era cierto lo de la rubia. La había visto en un rincón. Sola.
Encogida de frío.
Y llevaba un vestido tan tentador...
Enseñaba casi tanto como con el monobikini. Jeremy se lo hubiera podido pasar bomba con ella. Mejor aún que por la mañana.

Desgraciadamente, no iba a ser así.
El sargento de su mujer le había adivinado las intenciones. No obstante, Jeremy trató de disimular.
—Ethel, yo te aseguro que...
—¿Es que ya no te acuerdas de la ración de sopapos que te di esta mañana?
—Cómo no voy a acordarme, si aún tengo la cara hinchada... —rezongó Jeremy, tocándoselas mejillas.
—Pues eso fue una simple aplicación de crema comparado con la de golpes que te daré si vuelvo a sorprenderte «a- tendiendo» a esa rubia tan complaciente. .Estás avisado.
El pobre Jeremy se encogió dentro del traje y no se movió del lado de su autoritaria esposa.
La temperatura ya volvía a subir. Tan de prisa como había bajado.
Sin embargo, no llegó a alcanzar el mismo nivel de antes del brusco descenso.
Había perdido tres o cuatro grados. Y Kurt y Vanessa sabían por qué.
El Sol, tras cada instante, perdía calor, y en la Tierra, lógicamente, se acusaba. Y cada vez se iría acusando más.
—De prisa. Vanessa —masculló Kurt, tirando de la muchacha—. Tenemos que hablar con el profesor Hayes.
—¿Vamos a volver a su casa...?
—Primero, le llamaremos por videófono. Si él nos pide que vayamos a su casa, iremos. Se trasladaron rápidamente a la habitación de Kurt.
Este conectó el aparato y llamó a Gerald Hayes, tras consultar su agenda. Vanessa se abrazó por detrás al presentador de televisión.
Kurt la miró por encima del hombro.
—No te aproveches, Vanessa —dijo, socarronamente.
—Todavía tengo el frío metido en el cuerpo, Kurt.

—Si el profesor Hayes no nos pide que vayamos a su casa, nos metemos en la cama y nos tapamos hasta el cuello.

—Sí, pero cada uno en la suya.

—Entraríamos antes en calor si nos acostáramos los dos en la misma.

—No te caerá esa breva.

Kurt rió la respuesta de Vanessa.

Volvió a prestar atención a la pantalla del videófono. Nadie respondía a la llamada.

—Qué raro... —murmuró, arrugando el ceño.

—¿Qué pasa, no contesta?

—No.

—A lo mejor ha salido...

—¿Salido...? ¿Adónde iba a ir? No puede hablar con nadie de los ataques al Sol, excepto con nosotros.

—¿No vendrá hacia aquí...?

—¿Al hotel?

—Sí.

—No, no creo. Si quisiera hablar con nosotros, nos hubiera llamado.
—Sería
más lógico,
desde
luego. Kurt
desconectó
el
videófono.
—Voy a ir a su casa, Vanessa.
—Iré contigo.
—No será mejor que te quedes en el hotel.
—¿Por qué? —preguntó la joven, frunciendo el ceño. —Tengo el extraño presentimiento de que al profesor Hayes le ha ocurrido algo.
—¿Qué ha podido ocurrirle?
—No lo sé, pero tengo esa desagradable sensación.
—¿No será que quieres estar unos minutos a solas con la atrevida de Carrol?
—No digas tonterías.
—Está muy bien de piernas.
—Me gustan más las tuyas.
—Pero ella te dejará que se las toques, y yo no.
—Olvídale de Carro!, ¿quieres? —gruñó Kurt.
—No te enfades, hambre, que sólo estaba bromeando —sonrió Vanessa—. Si nadie respondió a tu llamada, es porque tampoco la doncella se encuentra en la casa.
—Es cierto, no había caído en eso. Claro que...
—¿Qué? —inquirió la joven, al ver que Kurt se interrumpía.
—No, nada.
—¿También tienes el presentimiento de que a Carrol le ha sucedido algo?
—Lo averiguaré.
—Lo averiguaremos, en plural, porque yo también voy.
—Vanessa...
—No
insistas,
perderás el
tiempo. Kurt
resopló.
—De acuerdo, vamos.

*

*

*

Minutos después, el helimóvil de Kurt Lang se posaba suavemente frente a la magnífica casa del profesor Hayes, cuyas luces exteriores permanecían encendidas.
También se
veía luz en
su interior.
Tenía que
haber
alguien,
pues.
Kurt y Vanessa descendieron rápidamente del vehículo volador, cuyas hélices aún giraban, aunque no con mucha fuerza.
Suficiente, sin embargo, para producir un
pequeño remolino de aire. El vestido de
Vanessa se fue para arriba.
Pero que muy para arriba.
Los ojos de Kurt se fueron para abajo.

Aunque no demasiado para abajo.
Se quedaron justo en la mitad del cuerpo femenino, porque allí estaba lo más tentador. Hay que decir que Vanessa estaba de espaldas a Kurt.
Y que, por exigencias de su original vestido, no llevaba ropa interior.
Recuérdese que el modelo estaba totalmente abierto por los lados, y muy aireado por arriba.
Vanessa dio un gritito y se apresuró a bajarse el vestido. Luego, se volvió.
Por la socarrona expresión de Kurt, supo que a él no le había pasado inadvertido el hecho.
—Me lo has visto, ¿eh? —gruñó.
—¿El qué?
—¿El qué va a ser?
—De verdad que no sé de qué me hablas.
—¿Y eras tú quien decía que no mentía nunca? —recordó Vanessa, sarcástica.
—Vamos, camina —indicó Kurt, tomándola del brazo y llevándola hacia la puerta de la casa.
—Maldito helimóvil... —rezongó la joven.
Kurt llamó a la puerta.
Como pasaba el tiempo, y nadie acudía a abrir, el presentador de televisión tanteó la puerta.
No estaba cerrada por dentro y cedió.
Kurt la empujó.
Apenas entrar en la casa, Vanessa lanzó un chillido de horror. Había motivos para eso y para más.

# CAPITULO
# VIII

Carrol, la atractiva y atrevida doncella del profesor Hayes, yacía en el suelo del vestíbulo.
Inmóvil.
Boca
arriba.
Los ojos
abiertos.
Extremadamente
abiertos.
Reflejando un
horror
indescriptible.
También su
boca estaba
abierta. Como
si quisiera
lanzar un grito.
Quizá llegó a
lanzarlo, antes
de morir. Porque
Carrol estaba
muerta.
Horriblemente
muerta.
Espantosamente
muerta.
Todo su
cuerpo
estaba
congelado.
Escalofriantemente
congelado.
Una fina capa de hielo cubría su pelo, su cara, sus brazos, sus bonitas piernas, su corto y gracioso uniforme... Algo realmente aterrador.
Vanessa Ballard, pálida y temblorosa, se refugió en los brazos de Kurt Lang, al cual apretó con fuerza.
—¡Es horrible, Kurt, horrible!
El presentador de televisión estrechó el cuerpo de la muchacha.
—¿Qué diablos ha podido pasar? —musitó, los ojos fijos en el

congelado cuerpo de la infortunada doncella.
—¡Carrol ha muerto de frió!
—No ha hecho tanto frío como para matar a una persona. Además, sólo duró unos minutos, y la pobre Carrol está como si la hubieran encerrado un par de horas en una cámara frigorífica y a la temperatura más baja.
—¡Tal vez lo hicieron!
—¿Quiénes?
—¡Los
responsables
de su muerte!
Kurt se
estremeció.
—¿Piensas que Carrol ha sido asesinada...?
—¿Tú no?
Kurt no respondió.
Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que Carrol hubiese sido asesinada, pero ahora que Vanessa lo mencionaba...
Sí.
No era descabellado pensarlo.
Y si Carrol había sido asesinada, había que temer forzosamente por la vida del profesor
Hayes.
A él podía haberle sucedido lo mismo.

Kurt se separó de Vanessa y la cogió de la mano.
—Vamos, Vanessa.
—¿Adónde?
—En busca del profesor Hayes.
—¿También él estará...?
—Eso es lo que quiero averiguar.
—Kurt... —musitó Vanessa, sin decidirse a mover las piernas.
—¿Qué te pasa?
—Tengo miedo.
—¿Prefieres esperar en mi helimóvil?
—No, no quiero quedarme sola.
—Entonces, ven conmigo.
—Sí...
Kurt tiró de ella. Revisaron la casa. En la planta baja no encontraron al profesor Hayes.
Subieron arriba.
Vanessa estaba tan nerviosa que daba continuos traspiés y tropezaba con casi todo.
Fue al entrar en el observatorio particular del científico cuando hallaron a éste. Tendido en el suelo.
Tan inmóvil como ella.
Con los ojos igualmente dilatados y la misma sobrecogedora expresión de infinito horror en ellos.
La boca abierta, también.
Estaba tan muerto como su doncella.
Tan espeluznantemente congelado como ella.
Vanessa Ballard se tambaleó.
—Creo..., creo que me voy a desmayar, Kurt... —advirtió, con un hilo de voz. Kurt se apresuró a rodearla con sus brazos y la estrechó contra sí.
—Tienes que sobreponerte, Vanessa. Si te desmayas ahora, tendré que cargar contigo y llevarte en brazos hasta el helimóvil. Ahórrame ese trabajo, por favor.
—Si no quieres que me desmaye, sácame de aquí inmediatamente. Te juro que si vuelvo

a ver la espantosa expresión del rostro del profesor Hayes, me caigo en redondo. Kurt la sacó del observatorio y cerró la puerta.

Permanecieron junto a ella un par de minutos, sin decir nada, abrazados. Luego, Kurt preguntó:

—¿Te sientes mejor, Vanessa?

—Sí, un poco mejor —respondió la joven.

—¿No te asustarás aún más, si te digo lo que yo creo que pasó? Vanessa levantó la cabeza y le miró.

—¿Tan horroroso es?

—Me temo que sí.

—Entonces será mejor que no me lo digas.

—Como quieras.

—No, olvida lo que he dicho —rogó Vanessa, mordiéndose los labios nerviosamente.

—¿Estás segura de que quieres conocer mi teoría?

—Sí. Y si me muero de terror, mala suerte. Kurt sonrió levemente.

—No será para tanto.

—Adelante, Kurt. Dime lo que tú piensas que pasó.

—Ni tú ni yo tenemos ya ninguna duda de que seres extraterrestres están atacando el Sol, ¿verdad? Vanessa asintió con la cabeza.

—Ninguna.

—De ahí parte mi teoría. Los enemigos del Sol, como les llamaba el profesor Hayes, descubrieron, ignoro cómo, que el profesor Hayes sospechaba la verdad de lo que estaba ocurriendo, y decidieron acabar con él, evitando así que hablara con otras personas de ello.

Vanessa Ballard notó que se le erizaba la piel.

—¿De veras piensas que fueron los extraterrestres quienes...?

—Sí, Vanessa. Ellos mataron al profesor Hayes y a Carrol, de ese modo tan horrible. Y pienso que han cometido un error, ¿sabes? Si no quieren que en la Tierra sospechemos que seres de otro mundo están intentando destruir el Sol, es porque temen un enfrentamiento bélico con nosotros. El profesor Hayes se sonrió cuando dije que tal vez esos extraterrestres no estaban en condiciones de intentar, con éxito, un ataque a la Tierra.

—Pero, si tienen poder para destruir el Sol...

—El Sol no es un planeta habitado, Vanessa, es una estrella. Y

las estrellas, por enormes que sean, no pueden defenderse. Nosotros, en cambio, sí podemos. Y estoy seguro de que nuestras astronaves derrotarían a las de esos seres, si entrásemos en combate. Ellos lo saben. Por eso quieren que pensemos que se trata de fenómenos astronómicos, de alteraciones naturales del Sol, no provocadas por nadie. Mientras nuestros más prestigiosos astrónomos pierden el tiempo tratando de averiguar, por medio de sus potentes y gigantescos telescopios, qué diablos le ocurre al Sol, ellos lo irán convirtiendo, poco a poco, en una estrella roja, en una estrella fría, y en la Tierra moriremos todos, personas, animales y plantas.

—Es... Es posible que tengas razón, Kurt —musitó Vanessa.

—Seguro que la tengo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Hablar con el general Cooper.

—No te creerá.

—Sí, sí me creerá. No olvides que ya han sido dos los ataques sufridos por el Sol. Están, además, las muertes del profesor Hayes y de Carrol, su doncella. Sus cuerpos horri- blemente congelados, son una prueba concluyente. Ningún tipo de arma, de las que disponemos en la Tierra, puede producir esos efectos. No puede haber duda, pues, de que fueron asesinados con armas extraterrestres. Y si el general Cooper aún la tiene, es que es más asno de lo que yo creía.

—Ojalá te crea.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Descendieron a la planta baja y fueron directamente al salón. Kurt conectó el videófono y llamó al Ministerio de Defensa.

Poco después, en la pantalla aparecía el rostro de un tipo joven.

—¿Qué desea?

—Me llamo Kurt Lang, y me urge hablar con el general Cooper.

—Lo siento, pero el general Cooper no está.

—¿Que no está?

—No, se marchó hace un rato.

—¿Sabe adónde fue?

—A su casa, supongo.

—¿Sería tan amable de darme el número de videófono del general Cooper?

—¿El de su casa?

—Sí.

—Un momento, en seguida se lo digo.

El tipo buscó el número y se lo dio a Kurt.

—Gracias, muy amable —sonrió el presentador de televisión.

—No hay de qué, señor Lang.

Kurt cortó la comunicación.

Inmediatamente después, marcó el número del videófono del general Cooper. Pasó un minuto.

Dos...

Nadie respondía a la llamada.

—Me temo que no hay nadie, Kurt —dijo Vanessa.

—Maldita sea —mascullό Lang—. Cuando más te urge hablar con una persona, más te cuesta de encontrar.

—Con tal de que no le haya ocurrido nada...

—¿Al general Cooper?

¿Qué iba a ocurrirle?

Vanessa, visiblemente asustada, recordó:

—Tú piensas que los extraterrestres mataron al profesor Hayes para impedir que éste hablara con otras personas de los ataques al Sol, ¿no?

—Sí.

—Pues llegaron tarde.
—¿Tarde?
—El profesor Hayes ya había hablado de ello con tres personas. El general Cooper, y nosotros dos.
—¿Y piensas que...?
—¿No tenías tú el extraño presentimiento de que al profesor Hayes le había ocurrido algo?
—Sí.
—Pues lo mismo me sucede a mí ahora, con el general Cooper.
—Pero, si estás en lo cierto, y resulta que el general Cooper también ha sido víctima de los enemigos del Sol, nosotros...
Vanessa asintió levemente con la cabeza.

—Eso es lo que yo temo, Kurt, que nosotros dos también estemos en peligro, que seamos las próximas víctimas.

El presentador de televisión se mantuvo callado unos instantes. Reflexionaba sobre lo que acababa de decir Vanessa.

La muchacha podía tener razón.

Era más seguro para los enemigos del Sol eliminar a las tres personas a quienes el profesor Hayes había hablado de sus sospechas, pese a que una de ellas, el general Cooper, no le había creído.

Pero podía llegar a creerle, si los ataques se sucedían... Sí.

Lo mejor para los extraterrestres era liquidarlos a los tres. Y cuanto antes.

Kurt empezó a sentir algo que, si no era miedo, se le parecía bastante. Tomó del brazo a Vanessa.

—Salgamos de aquí, Vanessa.

—Sí, larguémonos cuanto antes de esta casa —murmuró ella, mucho más asustada que él.

Abandonaron el salón y alcanzaron el vestíbulo.

La pobre Carrol seguía allí, horrorosamente congelada.

Vanessa no quiso mirarla. Alcanzaron la puerta y Kurt abrió.

Se quedaron los dos clavados. Paralizados de terror.

¡Los enemigos del Sol estaban allí...!

# CAPITULO
# IX

Sí.
Los extraterrestres que querían destruir el Sol, o convertirlo al menos en una estrella fría, estaban allí.
Frente
a
la
casa.
A unos ocho metros escasos
de la puerta principal. Eran
seis.
Seis
seres
pequeños.
Apenas un metro veinte
centímetros de estatura. Su
forma era totalmente
humana.
Cabeza,
brazos,
tronco,
piernas...
Había algo, sin embargo, que los diferenciaba poderosamente de los terrestres. El color de su piel.
Era
blanca.
Blanca
como
la
nieve.
Como
el
hielo.
De esto precisamente, de hielo, parecían estar hechos. En su cabeza no crecía pelo. Ni en sus cejas.
Y
carecían
de
pestañas.
Sus ojos eran normales, en cuanto a tamaño y forma, pero no así el color de sus pupilas. Eran dos pequeños discos de nácar.

Brillantes. Con reflejos irisados.

Iban completamente desnudos, pero protegían sus cuerpos con una especie de holgado traje de plástico, totalmente transparente.

Al ver aparecer a Kurt Lang y Vanessa Ballard, aquellos pequeños y repulsivos seres se quedaron inmóviles, observándolos fijamente, como esperando a ver cómo reaccionaban los terrestres.

Estos reaccionaron del modo más lógico. Vanessa se puso a chillar como una loca.

Kurt la obligó a retroceder de un violento tirón y cerró la puerta con rapidez, echando seguidamente el cerrojo.

Como la joven seguía chillando, aterrorizada, Kurt la cogió por los hombros y la zarandeó.

—¡Basta, Vanessa!

—¡Están aquí, Kurt! ¡Y son unos seres horribles!

—¡Deja de gritar, por favor!

—¡Nos matarán, Kurt! ¡Moriremos congelados, como el profesor Hayes y Carrol!

—¡Hemos de luchar por nuestras vidas, Vanessa! ¡Pero no podremos hacerlo si sigues chillando como una histérica!

La joven enmudeció de pronto.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad, Kurt...? —musitó.

Kurt tiró de Vanessa.
Corrieron los dos por el vestíbulo.
Alcanzaron la escalera y subieron al piso alto, en una de cuyas habitaciones había una escopeta de caza, de doble cañón.
Kurt recordaba haberla visto, colgada en la pared. Entraron en esa habitación.
Kurt se apoderó del arma.
Bajó los cañones.
Lanzó una maldición al ver que no estaba cargada.
—¡No tiene cartuchos!
—¡Dios mío! —gimió Vanessa, que tenía el rostro blanco como la cal y temblaba como un flan.
Kurt miró nerviosamente a su alrededor.
¿Dónde diablos guardaría el profesor Hayes los cartuchos?
En un ángulo de la estancia había una pequeña librería. En el estante inferior había una caja.
Kurt corrió hacia ella y levantó la tapa.
¡Los cartuchos!
¡Eran los cartuchos!
¡Y los había en cantidad!
Kurt cargó la escopeta velozmente.
Luego, se llenó los bolsillos de la chaqueta de cartuchos. Con la escopeta firmemente empuñada, avanzó hacia la puerta.
Silencioso como un puma.
Asomó la cabeza con precaución.
No descubrió a ninguno de aquellos seres.
¿Seguirían fuera de la casa?
¿Se habrían colado por la puerta trasera?
¿Por alguna ventana, tal vez?
La habitación de enfrente daba a la parte delantera de la casa.
—Vanessa —llamó Kurt, sin alzar la voz.
—¿Sí...? —musitó ella, acercándose a él sin causar ningún ruido con sus pisadas.
—Vamos a la otra habitación.
—¿Para qué?
—Quiero mirar por la ventana.
Cruzaron con rapidez a la

estancia de enfrente. Kurt
se acercó a la ventana y
miró.
Los extraños seres habían desaparecido.
Los seis.
—No están —comunicó.
—¿Se habrán marchado...? —preguntó Vanessa.
—Me temo que no.
—No, claro que no. Acabo de hacer una pregunta tonta. ¿Cómo van a marcharse, dejándonos con vida? No se irán hasta que...

—No es necesario que ¡o digas —rezongó Kurt.

—Perdona. Pero estoy tan asustada, que...

—Yo también estoy asustado. Pero menos que antes. Tener una escopeta cargada en las manos, me da seguridad.

—¿Servirá de algo?

—Seguro que sí. Una buena ración de perdigones, le sienta mal a cualquiera. Anda, vamos.

—¿Por qué no pedimos ayuda, Kurt?

—Porque no la recibiríamos a tiempo. O salimos de esto por nuestros propios medios, o no salimos.

—Dios... —gimió Vanessa, cerrando un instante los ojos. Kurt le acarició ¡a mejilla.

—Confía en mí, Vanessa. Cuando estuve en el ejército, era el mejor tirador de mi compañía. Quiero decir que, enemigo del Sol que se ponga a tiro, es enemigo muerto. Ella le besó la mano.

—Sálvame, Kurt. Si me salvas, permitiré que pases la noche conmigo —prometió.

—¿Eso sería un premio para mí..., o para ti?

—Serás vanidoso... Kurt rió quedamente.

—Sólo era una broma. El premio, no hay duda, sería para mí.

—Consíguelo, Kurt.

—Por mí no va a quedar, te lo aseguro. Salieron los dos de la habitación. Cautelosamente.

Los enemigos del Sol seguían sin dejarse ver.

Kurt y Vanessa caminaron hacia la escalera, ahogando sus pisadas.

En el preciso instante en que empezaban a descender por ella, surgieron dos de aquellos escalofriantes seres.

Al pie de la escalera.

Empuñando extraños tubos cilíndricos, metálicos, muy brillantes, de unos doce centímetros de longitud y tres de grosor.

Apuntaron con ellos a los terrestres.

—¡Al suelo, Vanessa! —rugió Kurt, derribando a la muchacha y dejándose caer a su vez. La oportuna acción del presentador de televisión les salvó de la muerte a ambos.

De la horrible muerte.
Sí, porque los rayos de frío concentrado que brotaron por los orificios de los cilíndricos tubos metálicos pasaron por encima de sus cuerpos y dieron en la pared, la cual quedó instantáneamente recubierta de una delgada capa de hielo.
Kurt Lang, desde el suelo, apuntó a los extraterrestres y accionó el gatillo de la escopeta. Por dos veces.
Obsequiando con una generosa ración de perdigones a cada uno de aquellos repelentes seres.
Estos se fueron violentamente hacia atrás, como arrancados del suelo por una súbita y poderosa ráfaga de viento, cayendo un metro más allá, con su transparente traje lleno

de
agujeros.
El traje..., y el
cuerpo,
naturalmente.
Sin embargo, ni una sola gota de sangre, ni de ningún otro líquido, brotó de los cuerpos de aquellos seres.
Pero no cabía la menor duda de
que estaban muertos. Y bien
muertos.
Kurt Lang, todavía en el suelo, como Vanessa Ballard, procedió rápidamente a recargar el arma.
No olvidaba que había seis seres de aquellos, y él sólo
había liquidado a dos. Los otros cuatro podían aparecer
de un momento a otro.
De pronto, Vanessa
lanzó un grito de horror.
Kurt levantó el arma, presto a disparar, porque pensaba que los compañeros de los caídos acababan de surgir.
Pero
no.
Vanessa no había gritado por eso, sino por lo que estaba ocurriendo con los cuerpos de los dos alienígenas que había matado el presentador de televisión.
¡Se estaban
deshaciendo como
el hielo!
¡No, mucho
más
rápidamente
aún!
¡Como
un
helado
al
sol!
Sus trajes se fueron llenando
de un líquido incoloro.
¡Parecía
agua!
En muy poco tiempo, de los cuerpos de aquellos increíbles seres no quedó ni rastro.
Sólo sus transparentes trajes, llenos de aquel líquido tan parecido al agua, y que ya se desbordaba por lo múltiples agujeros causados

por los perdigones, mojando el brillante suelo del vestíbulo...

# CAPITULO X

—¡Se han convertido en agua! —exclamó Kurt Lang, atónito.
—¡Sólo han quedado sus trajes y sus armas! —observó Vanessa Ballard, no menos estupefacta.
—¿De qué demonios estarán hechos esos seres?
—Yo diría que de hielo...
Kurt se puso lentamente en pie.
Vanessa le imitó.
—Vamos —indicó el presentador de televisión, empezando a descender los peldaños, presto para abrir fuego con su escopeta.
La joven le siguió, esforzándose inútilmente por dominar sus temblores. Alcanzaron el vestíbulo sin novedad.
La puerta de la casa estaba cerrada, y el cerrojo, echado. Prueba inequívoca de que los enemigos del Sol no se habían colado por allí. Kurt y Vanessa caminaron hacia la puerta.
El presentador.de televisión lo hacía de espaldas.
Como convencido de que el peligro no les vendría por allí, sino por la parte opuesta. Y no se equivocó.
Súbitamente, surgieron dos alienígenas.
Vanessa pegó un chillido, porque ambos seres iban a disparar sus extrañas armas, enviándoles sendos rayos de frío concentrado.
Kurt, muy rápido de reflejos, se anticipó a ellos.
Efectuó los dos disparos.
Y de nuevo demostró que no había mentido al afirmar que él fue el mejor tirador de su compañía.
Los dos extraterrestres se derrumbaron violentamente, quedando inmóviles en el suelo. Sucedió lo mismo que la otra vez.
Sus pequeños cuerpos se derritieron rápidamente, convirtiéndose en agua, que se derramó por el suelo del vestíbulo al salirse por los agujeros causados por los perdigones en sus transparentes trajes.
Kurt Lang recargó la escopeta. Sin

perder un solo
segundo.
Quedaban otros
dos
extraterrestres.
¿Estarían dentro de la casa?
¿Fuera?
Kurt hubiera dado
cualquier cosa por
saberlo. Vanessa Ballard
se cogió de su brazo.
—No sé si podré resistirlo, Kurt... —musitó.
—Sólo quedan dos, Vanessa. Se puede decir que ya tienes una pierna en mi cama.
—¿Cómo puedes pensar en eso ahora?
—No he pensado en otra cosa desde que te conocí.
—Oh, entonces me engañaste. No deseabas mi compañía para librarte de las leonas del

hotel sino para...

—Las dos cosas.

—Y aún tienes la cara de confesarlo.

—Soy un tipo muy sincero, Vanessa.

—Un bribón de tomo y lomo, eso es lo que eres tú. Kurt rió.

—Vamos, tengo que acabar con los que quedan.

—Para verme con las dos piernas en tu cama, ¿eh? —Tuya fue la idea.

—Empiezo a arrepentirme.

—No seas embustera.

—Eres un maldito presuntuoso, ¿no lo sabías?

—Un tipo afortunado, eso es lo que soy.

—¿Por ser tan apuesto?

—Por haberte conocido.

—Quita

ya.

—De veras que sí. Como me sigas gustando tanto, nos haremos novios de verdad.

—¿Y yo qué, no pinto nada?

—¿Por qué hablar de brochas ahora?

—No te hagas el gracioso.

— Silencio, Vanessa.

—A mí nadie me hace callar.

— Oigo pasos.

—¡Ay! —gimió la joven, apretándose al presentador de televisión.

— No te muevas.

— No.

— No hables.

— No.

— No respires.

—

Me moriré.

—Sólo será un momento.

—¿Qué vas a hacer?

—Salir.

—Kurt... —se estremeció Vanessa.

—Los dos alienígenas que quedan están ahí fuera, los he oído.

—Espera a que entren ellos.

—No, no creo que entren. Ya deben saber que sus cuatro compañeros han muerto. Lo más probable es que quieran pedir refuerzos, y no debemos permitírselo. Saldré y acabaré con ellos.

—Ten mucho cuidado, Kurt.

—Lo tendré, no te preocupes.

—Suerte.

—Prefiero que me la desees con un beso.

—Tú siempre quieres sacar tajada de todo.

—No te

hagas
de
rogar.

Vanessa se puso de puntillas y le besó en los labios.
Kurt sostuvo la escopeta con una mano y con la otra oprimió suavemente las firmes nalgas femeninas, por encima del vestido.
—Descarado, ¿qué haces? —protestó Vanessa.
—Perdona, creí que era la cintura —carraspeó Kurt.
—Ya. Será por lo que se parece una cosa a la otra, al tacto.
—Un error lo comete cualquiera.
—Tienes más cara que un elefante con escafandra. Kurt rió silenciosamente.
—Hasta luego, gruñona —dijo, y se acercó a la puerta. Vanessa contuvo la respiración.
Kurt descorrió el cerrojo lentamente, sin causar el menor ruido. Luego, abrió la puerta de golpe y se lanzó de cabeza al exterior. Rodó por el suelo como una pelota.
La escopeta fuertemente sujeta.
Los dos alienígenas, en efecto, estaban allí, muy cerca del helimóvil del presentador de televisión.
Accionaron sus cilíndricos tubos metálicos, enviándole varios rayos de frío concentrado.
La movilidad de Kurt Lang impidió que alguno de ellos le alcanzase.
Sin dejar de dar vueltas por el suelo, Kurt oprimió el gatillo de su escopeta.
Uno de los seres resultó alcanzado de lleno y se vino abajo de manera fulminante. El otro disparó nuevamente sobre el presentador de televisión.
Falló, como en las ocasiones anteriores.

Kurt, consciente de que él no podía fallar el suyo, pues el alienígena no le daría tiempo a recargar la escopeta, no apretó el gatillo hasta que no estuvo absolutamente seguro de que no iba a errar el disparo.

Y no lo erró.

El enemigo del Sol se derrumbó cuando aún no se había apagado el eco de la detonación.

El y su compañero empezaron a deshacerse rápidamente.

—¡Kurt...! —se oyó gritar a Vanessa Ballard—. ¿Estás bien, Kurt...? —preguntó la joven, terriblemente angustiada.

Kurt Lang, incorporándose ya, respondió:

—Sí, estoy bien, Vanessa. Ya puedes salir.

La muchacha salió de la casa, corriendo, y se arrojó en sus brazos.

—¡Kurt, Kurt...!

—Tranquilízate, el peligro ha pasado ya —sonrió el presentador de televisión, abrazándola y acariciándola.

—¡Has podido con todos!

—Ya te dije que, con una escopeta cargada en las manos, soy algo serio.

—¡Eres un valiente!

—Si tú lo dices...

—

¡Un
héroe!
—
Si
tú
lo
dices...

—¡Un sinvergüenza!
—Si tú lo di... Oye, ¿por qué dices eso?
—Porque me estás oprimiendo de nuevo la «cintura».
—Ya volví a equivocarme —tosió Kurt.
—No desperdicias ni una sola ocasión, granuja.
—Anda, sube al helimóvil —indicó Kurt, riendo—. Tenemos que alejarnos cuanto antes de aquí.
—Sí, este lugar se ha vuelto muy peligroso —repuso Vanessa.
Subieron los dos rápidamente al helimóvil y Kurt puso el motor en marcha. Las hélices comenzaron a girar, cada vez más de prisa.
El aparato se elevó y sobrevoló los árboles que circundaban la hermosa mansión del asesinado profesor Hayes.
—¿Adónde vamos, Kurt? —preguntó Vanessa.
—Directamente a la policía. Les informaremos de todo y ellos informarán al Ministerio de Defensa. Hay que dar la batalla a los enemigos del Sol, y exterminarlos a todos.
—Dios quiera que lo logremos.
—Ya verás cómo sí.
Vanessa Ballard se relajó en el asiento y cerró los ojos.
—Qué pesadilla tan horrible hemos vivido, Kurt.
—Sí, realmente espantosa. Pero hemos salido con bien de ella, que es lo importante.
—Gracias a ti.
—Y a ti.
Vanessa abrió los ojos y le miró.
—Yo no hice nada, Kurt. Todo lo hiciste tú,
—Te ofreciste a pasar la noche conmigo, si conseguía salvarte. ¿Te parece poco...?
—Como digas que me salvaste por eso, te suelto una bofetada. Kurt Lang empezó a reír.
Y lo hizo de un modo tan contagioso, que Vanessa Ballard acabó riendo también.

# CAPITULO XI

El comisario Watson, un hombre de unos treinta y ocho años de edad, no muy alto, pero sí extremadamente fornido, recibió en su despacho a Kurt Lang y Vanessa Ballard.

—¿Han sufrido ustedes un accidente, señor Lang...? —preguntó Watson, al ver que el elegante traje del presentador de televisión estaba manchado de polvo y tenía un par de rotos.

—Mucho peor que eso, comisario. Han intentado asesinarnos —informó Kurt. El comisario Watson respingó levemente.

—¿Asesinarlos...?

—Sí, comisario. Y estuvieron a punto de lograrlo.

—Cuéntenme qué sucedió.

—La señorita Ballard y yo fuimos a casa del profesor Hayes, Gerald Hayes, el prestigioso meteorólogo y astrónomo. ¿Lo conoce usted, comisario?

—Personalmente, no. Pero he oído hablar de él, naturalmente.

—Lo hallamos muerto, comisario.

—¿Qué...? —exclamó Watson.

—A él, y a Carrol, su doncella, una muchacha joven, muy atractiva. Los dos habían sido asesinados.

—¿A tiros?

—Congelados.

—¿Cómo

dice? —respingó Watson.

—Los asesinos portaban unas extrañas armas, las cuales arrojan una especie de chorros de frío. La muerte es casi instantánea —explicó Kurt.

El comisario Watson se había quedado con la boca abierta.

—¿Chorros... de frío? —balbuceó.

—Así es.

—No conozco ningún tipo de arma que...

—No son armas terrestres, comisario.

El comisario Watson puso una cara muy rara.

—¿Que no son... armas terrestres?

—No, comisario.

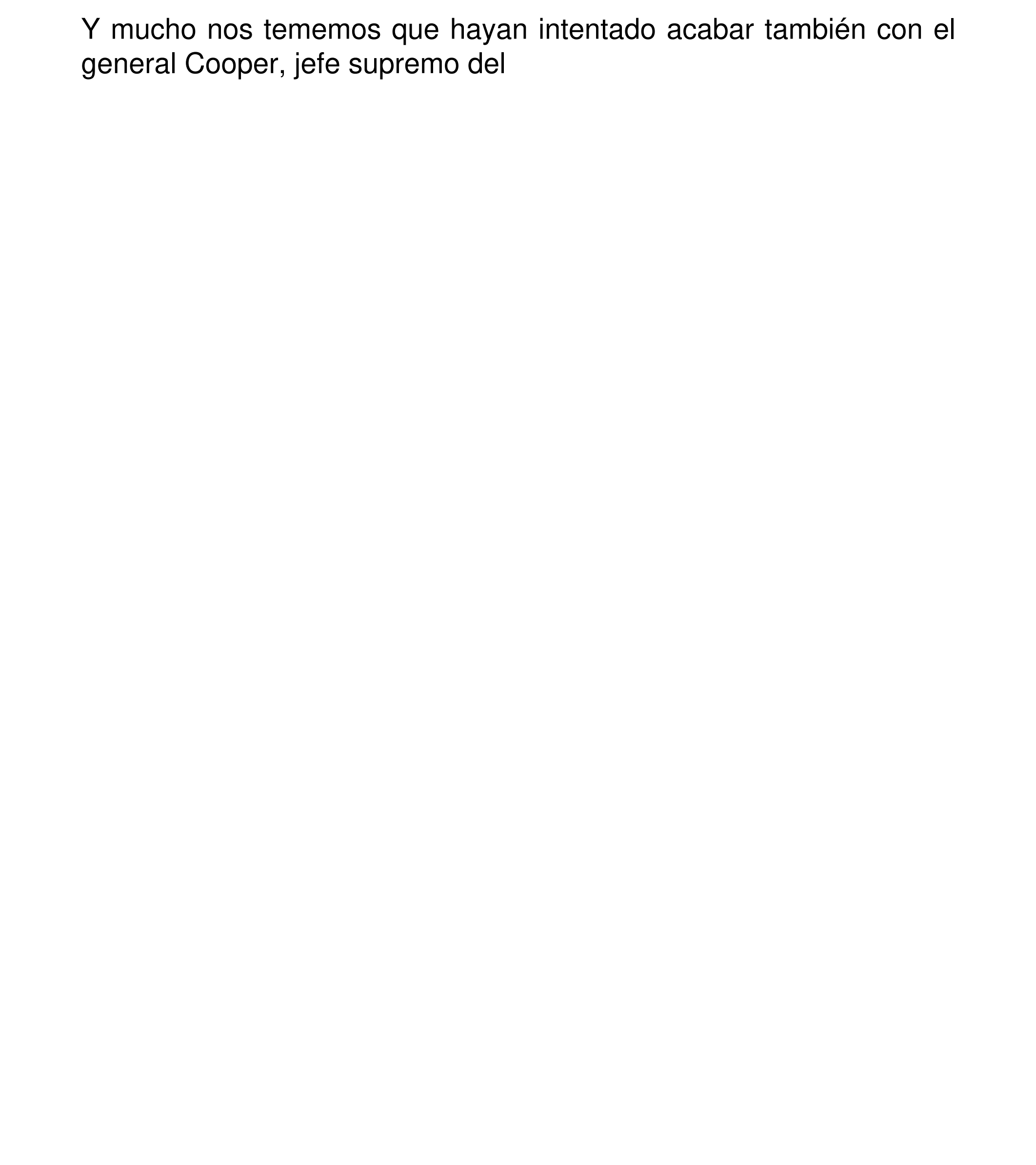
—Pero...

—Tampoco los asesinos del profesor Hayes y su doncella son terrestres, comisario. No se lo he dicho antes para que no nos tomara por unos chiflados, pero ésa es la realidad: el profesor Hayes y su doncella fueron asesinados por seres de otro planeta, cuyo objetivo es destruir el Sol.

—¡Destruir el Sol!

—Sí, comisario. El profesor Hayes descubrió la verdad, y por eso lo mataron a él y mataron también a su doncella. Era el modo más seguro de impedir que hablara con nadie de ello. Pero el profesor Hayes ya había hablado con nosotros del asunto. Por eso los extraterrestres intentaron acabar con la señorita Ballard y conmigo.

Y mucho nos tememos que hayan intentado acabar también con el general Cooper, jefe supremo del



Ministerio de Defensa.

—¡Cielos! —exclamó Watson—, ¿También él sabía qué...?

—Sí, el profesor Hayes habló con él esta mañana, poco después de que se produjera el primer ataque al Sol.

—¿Y qué dijo el coronel Cooper?

—Desgraciadamente, no creyó una palabra de cuanto le contó el profesor Hayes.

—No me extraña —murmuró Watson.

—Nosotros, tras hallar muertos, horriblemente congelados, al profesor Hayes y a su doncella, llamamos al general Cooper.

—¿Y...?

—No pudimos hablar con él, ya había abandonado el Ministerio de Defensa.

—¿Por qué no llamaron a su casa?

—Lo hicimos, comisario, pero nadie respondió a la llamada. Y, como poco después, nosotros éramos atacados por seis de esos seres, nuestras sospechas de que al general Cooper le hubiese sucedido algo se acentuaron. El es el único, aparte de nosotros dos, que ha oído hablar de los enemigos del Sol. Y si a nosotros quisieron matarnos...

Hubo un breve silencio. El comisario Watson interrogó:

—¿Cómo eran esos seres, señor Lang? Kurt los describió con detalle.

Watson se estremeció perceptiblemente.

—Qué seres tan horribles...

—Espantosos de verdad, comisario —habló por primera vez Vanessa Ballard, que aún no había recobrado el color natural de su cara.

—¿Y dice usted, señor Lang, que fueron atacados por seis de ellos...?

—Sí.

—¿Y cómo consiguieron escapar con vida?

—El profesor Hayes tenía una escopeta de caza, colgada en la pared de una de las habitaciones. La empuñé y los maté.

—¿A los seis...? —se sorprendió mucho Watson.

—Sí. Me acompañó un poco la suerte, y pude con todos —sonrió Kurt. Vanessa explicó:

—El señor Lang, cuando estaba en el ejército, era el mejor tirador de su compañía.

—Aun así, me parece toda una proeza —opinó Walson.

—Llame usted al Ministerio de Defensa, comisario —rogó Kurt—. Debe informarles de todo.

El comisario Watson se pellizcó el lóbulo derecho.

—Creo, señor Lang, que antes debemos ir a casa del profesor Hayes.

—¿Volver a...? —se extrañó Kurt.

—¡Ni hablar! —exclamó Vanessa—. Yo no vuelvo allí ni atada.

—Usted no es necesario que venga, señorita' Ballard —sonrió Watson.

—Es muy peligroso volver a la casa del profesor Hayes, comisario —advirtió Kurt.

—Nos acompañarán un buen número de hombres armados, no se preocupe.

—¿Por qué no llama primero al Ministerio de Defensa? —insistió Kurt.

Watson
lo
miró
fijamente.
—Seré sincero con usted, señor Lang. La historia que me ha contado es tan fantástica, que no me atrevo a informar al Ministerio de Defensa sin antes comprobar personalmente que todo cuanto me contó, absolutamente todo, es cierto.
—¡Lo es, comisario, se lo juro!
—exclamó Vanessa.
—No digo que no, señorita Ballard. Pero es mi deber asegurarme, y pienso hacerlo.
—¿Tengo cara de estar borracho, comisario? —
preguntó Kurt, enfadado.
—Por supuesto que no —
respondió Walson, sonriendo.
—
¿Y
de
loco?
—
Menos
todavía.
—¿Por qué diablos se niega
a creerme, entonces?
—Póngase usted en mi
lugar, y lo comprenderá.
—No, no creo que lo
comprendiera —gruñó Kurt.
El comisario Watson suspiró
pacientemente.
—Señor Lang, no tiene usted ni idea de la de historias raras y fantásticas que hemos oído aquí, en esta comisaría. Hace dos noches, sin ir más lejos, una señora vino afirman- do que había sufrido un intento de violación por parte de un marciano.
—
¡No!
Exclamó
Vanessa.
—Como lo
oye,
señorita
Ballard.

—Pero, si todos sabemos ya que no hay vida en Marte...

—La señora en cuestión, por lo visto, no. Y de nada sirvió que yo se lo explicara. Ella insistía en que había sido asaltada por un ser horroroso, de piel verde oscura, con an- tenas en su deforme cabeza y trompetillas en vez de orejas y nariz.

—¿Dónde dijo que fue asaltada?

—En su cama, poco después de acostarse.

—¿Se había dormido ya?

—Sí.

—Entonces, está claro que lo soñó.

—Eso mismo dije yo, señorita Ballard, pero no logré convencerla. Kurt intervino:

—¿No sería un tipo disfrazado de marciano?

El comisario Watson movió la cabeza en sentido negativo.

—Descartado totalmente, señor Lang.

—¿Por qué?

—Porque la señora tenía ochenta y dos años, era bizca del ojo derecho, y sólo le quedaban tres dientes. ¿Quién iba a sentir deseos de hacer el amor con una mujer de esa edad y con ese físico tan poco agraciado?

—¡Qué bueno! —exclamó Vanessa, riendo. Kurt no pudo contener la risa tampoco.

El comisario Watson
se puso en pie y dijo:
—Vamos a casa del profesor Hayes, señor Lang. Si lo que me ha contado usted es verdad, desde allí mismo informaré al Ministerio de Defensa.
—Como quiera, comisario —
aceptó Kurt, resignado.
—Usted puede quedarse aquí, señorita
Ballard —sugirió Watson.

—Sí, Vanessa, quédate en la comisaría —dijo Kurt—. No tardaremos en volver. La joven, tras un titubeo, comunicó:
—He cambiado de idea, comisario. Iré con ustedes.
—No, Vanessa —dijo Kurt.
—Quiero ir, Kurt.
—¿Por qué arriesgar tu vida?
—¿No vas a arriesgar tú la tuya?
—Es distinto, Vanessa.
—A mí no me lo parece.
—Si te sucediera algo, no me lo perdonaría.
—Esta vez tendremos protección, Kurt. Ya verás cómo no nos sucede nada a ninguno de los dos.
—Sigo opinando que...
—Déjela que nos acompañe, señor Lang —terció Watson, más que nada por acabar con la discusión.
Kurt soltó un gruñido.
—De acuerdo, que venga —accedió.

*
*
*

Siete helimóviles de la policía tomaron tierra frente a la casa del profesor Hayes.
El primero en saltar al suelo fue el comisario Watson, armado con un fusil automático. Kurt Lang y Vanessa Ballard descendieron a continuación, del mismo helimóvil que Watson, del cual descendió también un policía, el que había pilotado el aparato.
De los otros seis helimóviles descendieron un total de veinticuatro hombres, todos ellos armados con fusiles automáticos.
También Kurt Lang empuñaba un fusil.
Se lo había pedido al comisario Watson, y éste no tuvo inconveniente en dárselo.
Lo primero que hizo Kurt fue mirar hacia el lugar donde cayeran los dos enemigos del Sol que él abatió fuera de la casa, y se quedó paralizado al ver que sus transparentes trajes y sus cilíndricos tubos metálicos habían desaparecido.

Vanessa también se quedó muy quieta, al reparar en ello.
—¿Qué les ocurre? —inquirió el comisario Watson, al verles inmóviles como robots.
Kurt levantó el brazo y señaló el lugar hacia donde él y Vanessa miraban como hipnotizados.
—No están, comisario...
—¿El qué no está?
—Los trajes, llenos de agua, y las extrañas armas de los dos extraterrestres que liquidé fuera de la casa. .
Watson agrandó lo ojos.
—¿Trajes llenos de agua...?
—Se me olvidó decírselo, comisario, pero esos seres, al morir, se deshacen rápidamente y se convierten en agua.

—
¿Mineral
o
de
la
otra?
Kurt
lo
miró,
ceñudo
—No es para tomárselo
a broma, comisario.
Watson carraspeó.
—Lo siento, señor Lang, pero eso de que los extraterrestres, al morir, se convierten en agua...
—Es la verdad, comisario —intervino Vanessa—. A los seis les ocurrió lo mismo. Sólo quedó de ellos el traje y el arma de rayos congelantes.
—¿Y por qué no están los trajes y las armas de los dos seres que usted liquidó fuera de la casa, señor Lang?
—
No
lo
sé,
comisario.
—Bien. Será mejor que
entremos en la casa.
Kurt y Vanessa no
dijeron nada.
El comisario Watson ordenó a doce de los hombres que aguardasen allí, vigilando los
alrededores de la casa, e indicó a los trece
restantes que le siguiesen. Penetraron en la
casa.
Kurt y Vanessa aún se sorprendieron mucho más al no hallar, en el vestíbulo, el cuerpo congelado de Carrol, la doncella del profesor Hayes.
Tampoco estaban los trajes y las armas de los cuatro
alienígenas que Kurt matara allí. Y el suelo se hallaba totalmente seco.
—¿Qué pasa ahora, seño Lang? —interrogó
el comisario Watson. Kurt se lo dijo.
Watson, evidentemente, cava vez creía
menos en su historia. No obstante, dijo:

—Bien, subamos arriba. Quizá el cadáver congelado del profesor Hayes si esté. A Kurt le pareció que había ironía en la voz del comisario, pero no replicó.

¿De qué serviría?

Si no hallaban la menor prueba de que los enemigos del Sol habían estado allí, y matado al profesor Hayes y a su doncella, y todo parecía indicar que no la hallarían, el comisario Watson tenía motivos sobrados para no creerles.

Subieron al piso alto.

Fueron directamente al observatorio particular del profesor Hayes.

Como ya esperaba el comisario Watson, y se temía Kurt y Vanessa, el cuerpo congelado del científico no estaba allí.

Watson descansó el fusil en su hombro derecho y miró a Kurt y Vanessa.

—¿Y bien, amigos...?

—Está claro que han vuelto, comisario —masculló Kurt.

—¿Se refiere a los enemigos del Sol?

—Sí.

—¿No dijo usted que los mató a los seis...?

—Estoy hablando de sus compañeros. Supieron que yo había matado a los seis que vinieron con la misión de acabar con Vanessa y conmigo, y se apresuraron a hacer desaparecer toda huella de lo ocurrido en esta casa, para que nuestra historia no fuese creída por nadie.

—Ya.
—Queda, no obstante, la desaparición del profesor Hayes. ¿No le extraña eso, comisario?
—Puede haber salido a dar un paseo. Hace una noche magnífica, menos calurosa que las
pasadas.
—¿Y qué me dice del general Cooper? ¿También piensa que él salió a dar un paseo?
—¿Por qué no?
—Se lo han cargado, comisario. Como al. profesor Hayes y a su doncella.
—No hay ninguna prueba de ello.
—¡Pues búsquela usted, maldita sea!
—Cálmese señor Lang.
—¿Cómo quiere que me calme, con el grave peligro que se cierne sobre la Tierra entera?
¡El Sol será
destruido, y todos
moriremos! Se
produjo un silencio.
Vanessa Ballard lo rompió, inquiriendo:
—¿Qué podemos hacer para que nos crea, comisario?
—Presentarme alguna prueba de lo que dicen.
—Las
han
eliminado
todas.
Kurt
sugirió:
—Haga que busquen al general Cooper, comisario. Verá como no lo encuentran por ninguna parte. Vivo, al menos...
Watson reflexionó.
—Sí, eso sí puedo hacerlo, señor Lang. Pero prométame que, si lo encuentran, y se halla perfectamente, usted y la señorita Ballard se olvidarán para siempre de los enemigos del Sol.
Kurt estaba tan seguro de que el general Cooper había sido asesinado por aquellos malditos seres de otro planeta, que no dudó la respuesta.
—Nos olvidaremos de ellos por completo, comisario, se lo prometemos.
—Muy bien —
sonrió Watson.
Descendieron
todos a la planta

inferior. Cruzaron
el vestíbulo.
El comisario Watson fue el primero en alcanzar la puerta.
No llegó a cruzarla.
Se
quedó
quieto
de
pronto.
Petrificado,
más
bien.
Contemplando el horroroso espectáculo.
Los doce hombres que habían quedado vigilando los alrededores de la casa, yacían en el suelo.
Rígidos.
Todos
estaban
muertos.
Espantosamente
congelados.

# CAPITULO XII

Kurt Lang y Vanessa Ballard, situados detrás del comisario Watson, descubrieron también el horrendo espectáculo.

Afortunadamente, el presentador de televisión supo reaccionar con rapidez.

Apartó de la puerta al paralizado comisario Watson, con brusquedad, y la cerró de golpe. Su acción salvó la vida a Watson, pues ya varios rayos de frío concentrado habían partido de entre los árboles, y todos los hubiera recibido el comisario.

Gracias a Kurt, fue la puerta la que los recibió, quedando totalmente cubierta de hielo. El comisario Watson, terriblemente pálido, balbució:

—Era... era cierto... Existen los enemigos del sol... Han matado a doce de mis hombres...

—Hemos de informar inmediatamente al Ministerio de Defensa, comisario—dijo Kurt.

—Sí, sí...

—Deje a la mitad de los hombres aquí, protegiendo la entrada, y que los otros nos acompañen al salón. Allí hay videófono.

Watson dio las órdenes oportunas.

El, siete de los policías, Kurt y Vanessa se dirigieron al salón.

Todavía no habían salido del vestíbulo, cuando un grupo de alienígenas surgieron frente a ellos, cortándoles el paso.

La repentina aparición de varios de aquellos seres, pequeños y de piel blanca como el hielo, que protegían sus cuerpos con holgados trajes transparentes y empuñaban unos extraños tubos metálicos, muy brillantes, paralizó por un instante al comisario Watson y a sus hombres.

—¡Fuego!... ¡Disparen todos! —rugió Kurt Lang, dándole ya al gatillo, frenéticamente. El estruendo de los disparos, además de ahogar los chillidos que Vanessa Ballard, aterrorizada, había empezado a lanzar, tuvo la virtud de acabar con la momentánea y peligrosa parálisis del comisario Watson y sus hombres, los cuales abrieron fuego contra los enemigos del Sol.

Bueno, no todos pudieron hacerlo.

Algunos de ellos habían sido alcanzados .por los rayos congelantes que ya enviaban los extraterrestres, cayendo al suelo de manera fulminante, recubiertos totalmente por una fina capa de hielo y con una expresión horrible en sus caras.

También varios de los alienígenas se vinieron abajo, alcanzados por las balas que escupían, a borbotones, los fusiles automáticos que manejaban los terrestres.

El ruido era tan ensordecedor, que daba la impresión de que la casa entera se derrumbaba.

Por fortuna, la victoria sonrió a los terrestres, logrando éstos abatir hasta el último de los enemigos del Sol que habían surgido por la salida del vestíbulo, unos diez en total.

Pero fue una victoria cara, pues seis de los hombres del comisario Watson yacían en el suelo del vestíbulo, horriblemente congelados.

El comisario Watson y los siete hombres que le quedaban, con los fusiles humeantes todavía, contemplaban, estupefactos, cómo los menudos cuerpos de los alienígenas se fundían rápidamente, convirtiéndose en agua.

Kurt Lang, consciente de que no había un solo segundo que perder, apremió:
—¡Corramos, comisario! ¡Hay que avisar al Ministerio de Defensa! Watson, saliendo de su estupor, se volvió hacia sus hombres y ordenó:
—¡Cuatro de vosotros quedaros aquí, defendiendo la puerta! ¡Los otros tres, venid conmigo! ¡De prisa!
Kurt, Vanessa, el comisario Watson, y tres de sus hombres corrieron hacia el salón. Apenas abandonar el vestíbulo, se tropezaron con otros seis extraterrestres.
—¡Fuego! —tronó Watson, predicando con el ejemplo.
En sólo unos segundos, los seis alienígenas cayeron abatidos por los disparos de los fusiles terrestres.
Desgraciadamente, otros dos policías hallaron la muerte en el enfrentamiento. Una muerte espantosa.
Kurt, Vanessa, el comisario Watson, y el otro policía consiguieron alcanzar el salón.
—¡Llame usted, comisario! ¡Nosotros dos cubriremos la puerta! —dijo Kurt. Watson se precipitó sobre el videófono.
Kurt y el agente apuntaban a la puerta con sus fusiles.
Vanessa se había parapetado tras un butacón, pálida y tiritando de pánico. Dudaba mucho que salieran con vida de aquella casa.
Kurt también lo dudaba.
Habían vuelto acompañados por el comisario Watson y nada menos que veinticinco policías armados con fusiles automáticos, pero ya sólo quedaban cinco de ellos.
¿Cuántos alienígenas quedarían con vida?
Kurt se temía que bastantes.
El comisario Watson ya estaba en comunicación con el Ministerio de Defensa.
En el Ministerio existía un gran revuelo, pues el general Crown,

íntimo amigo del general Cooper, acababa de informar al general Oland, subjefe del Ministerio de Defensa, que había ido a visitar al general Cooper a su casa y lo había hallado muerto, espantosamente congelado.

El comisario Watson se apresuró a explicar al general Oland las causas de la horrible muerte del general Cooper.

Mientras informaba al general Oland, cuatro alienígenas irrumpieron en el salón. Kurt y el policía hicieron ladrar furiosamente sus fusiles automáticos.

Los cuatro extraterrestres se derrumbaron, alcanzados por las balas.

Kurt salió ileso del nuevo enfrentamiento, pero el policía no tuvo la misma fortuna, y murió congelado.

—¡Malditos enanos de hielo! —rugió Kurt.

El comisario Watson, al ver que Kurt Lang se había quedado solo, abrevió su diálogo con el general Oland, haciendo saber a éste que él debía volver urgentemente a la lucha.

El subjefe del Ministerio de Defensa de Estados Unidos, y jefe en funciones, por la muerte del general Cooper, pidió:

—¡Resistan ustedes, comisario Watson! ¡En unos minutos contarán con la ayuda necesaria, se lo prometo!

—¡Gracias, general Oland! —respondió Watson, y cortó la comunicación. Corrió hacia Kurt Lang.

—¡Reunámonos con mis hombres, señor Lang! ¡Juntos nos defenderemos más eficazmente!
—¡Estoy de acuerdo, comisario! ¡Vamos, Vanessa! La muchacha abandonó rápidamente su parapeto. Salieron los tres del salón y corrieron hacia el vestíbulo.
De pronto se oyeron disparos. En el vestíbulo, precisamente. Watson lanzó un juramento.
—¡De prisa, Lang! ¡Mis hombres están sufriendo un nuevo ataque! En efecto, así era.
Media docena de alienígenas estaban tratando de acabar con los cuatro agentes que habían quedado en el vestíbulo, defendiendo la puerta principal de la casa.
Los enemigos del Sol fueron pillados entre dos fuegos, y sucumbieron irremisiblemente. Pero causaron dos nuevas bajas a los terrestres.
Kurt gritó:
—¡Subamos al piso alto, comisario! ¡Tendremos más posibilidades de defensa!
—¡De acuerdo, arriba todos! —rugió Watson.
Corrieron los cinco hacia la escalera.
Una vez arriba, se parapetaron convenientemente, controlando la escalera. No tardaron en aparecer otros seis alienígenas en el vestíbulo.
Desde lo alto de la escalera, a Kurt Lang, el comisario Watson, y los dos agentes que quedaban con vida, no les fue difícil coser a tiros a los enemigos del Sol.
Y, esta vez, sin sufrir ninguna baja.
Su posición era mucho más ventajosa ahora.

*

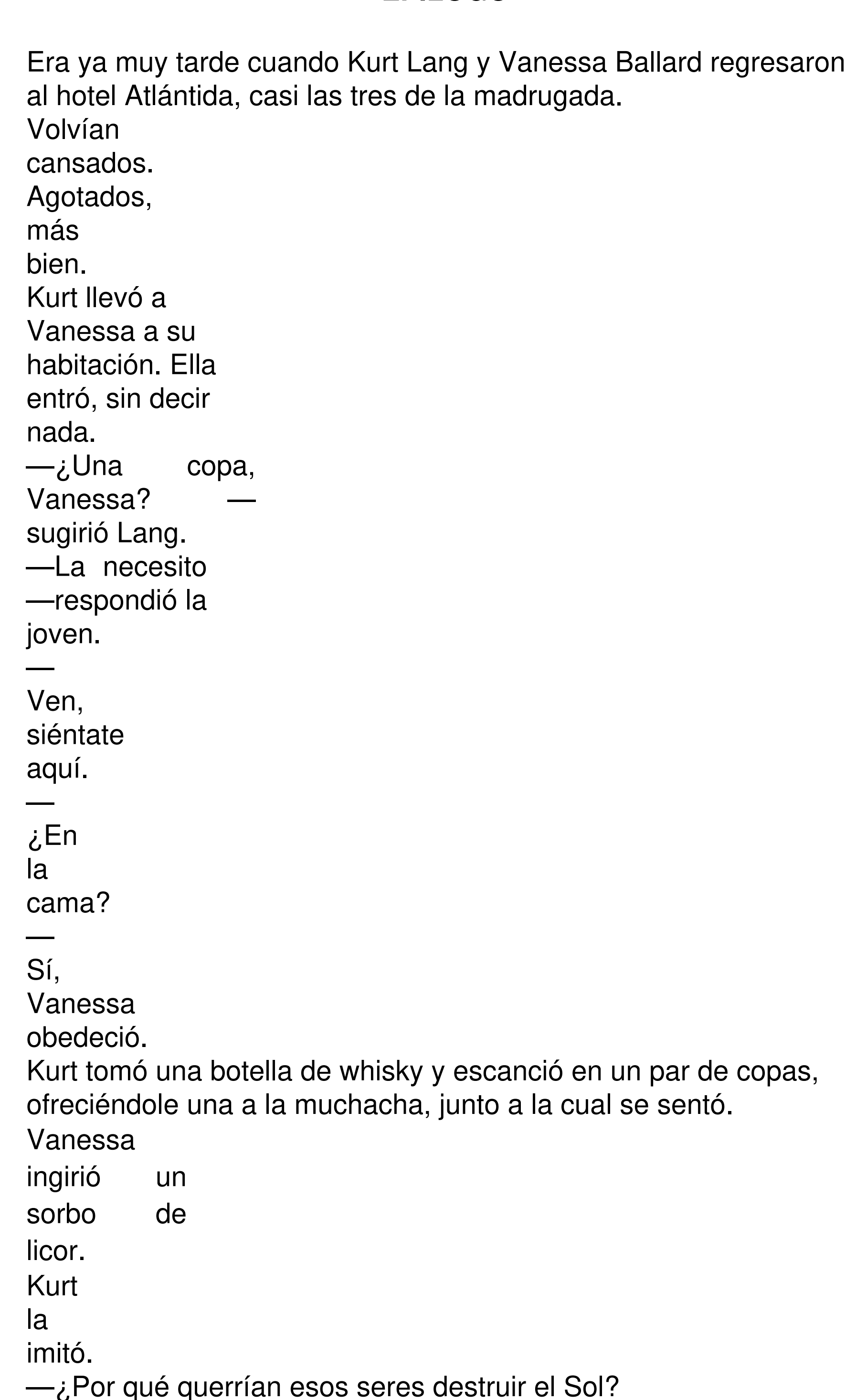
*

*

Tal y como el general Oland prometiera al comisario Watson, recibieron ayuda en muy pocos minutos.
¡Y menuda ayuda!
Nada menos que toda una escuadrilla de pequeñas, pero poderosas, naves de combate, dotadas de las armas más modernas y eficaces.
La astronave de los enemigos del Sol, que se hallaba posada en el suelo, a menos de un kilómetro de la casa del profesor Hayes, detectó rápidamente la aproximación de la escuadrilla terrestre.
El máximo responsable de la astronave, cuya misión era la de destruir el Sol, o al menos reducir considerablemente su temperatura, ordenó a toda su gente que regresara inmediatamente a la astronave.
No quería luchar contra las naves terrestres.
Eran nada menos que doce.
Sería imposible destruirlas a todas, antes de que alguna de ellas destruyese la de ellos.

No había más
remedio que
huir.
Emprender el
regreso a su
planeta.
Ya no podían destruir el Sol, ni convertirlo
en una estrella roja.
En la Tierra habían descubierto la verdad, y no les permitirían
seguir atacando el Sol. La misión había fracasado, y lo más
sensato era aceptarlo.
Al recibir la orden de su superior, los seres que estaban atacando la casa del profesor Hayes, en cuyo piso alto seguía defendiéndose bravamente Kurt, Vanessa, el comisario Watson, y los dos agentes, emprendieron la retirada.
Pese a que se dieron mucha prisa en alcanzar su astronave, las
naves terrestres, velocísimas, les sorprendieron cuando aún
estaban subiendo a ella.
La astronave extraterrestre se vio obligada a atacar a la escuadrilla
terrestre desde el suelo.
Fue el comienzo del
terrible enfrentamiento.
De la astronave alienígena empezaron a surgir unos poderosos
rayos de frío concentrado.
Varias de las naves terrestres resultaron alcanzadas, convirtiéndose instantáneamente en auténticos bloques de hielo, que se precipitaron contra el suelo de manera espantosa, pereciendo todos sus tripulantes.
Pero, como ya se temía el jefe de la astronave extraterrestre, las
naves terrestres
respondieron a su ataque, disparando sus
cañones de rayos «Láser».
La astronave extraterrestre despegó súbitamente, en un intento de
escapar de los rayos terrestres.
Efectivamente, logró esquivar
los primeros disparos. Incluso
consiguió derribar otras dos
naves terrestres. Pero ahí se
acabó su suerte.
Una de las naves terrestres consiguió alcanzarla con los
disparos de su cañón.
Sobrevino un estruendoso estallido y la astronave extra- terrestre se
deshizo en miles de pedazos.
Fue

el fin
de la
contienda.
Cinco naves terrestres habían sido destruidas, pero se había logrado derrotar al peligroso enemigo.
Salvar
al
Sol.
Y, por consiguiente, a
la Humanidad entera.



# EPILOGO

Era ya muy tarde cuando Kurt Lang y Vanessa Ballard regresaron al hotel Atlántida, casi las tres de la madrugada.

Volvían cansados. Agotados, más bien.

Kurt llevó a Vanessa a su habitación. Ella entró, sin decir nada.

—¿Una copa, Vanessa? —sugirió Lang.

—La necesito —respondió la joven.

—Ven, siéntate aquí.

—¿En la cama?

—Sí,

Vanessa obedeció.

Kurt tomó una botella de whisky y escanció en un par de copas, ofreciéndole una a la muchacha, junto a la cual se sentó.

Vanessa ingirió un sorbo de licor.

Kurt la imitó.

—¿Por qué querrían esos seres destruir el Sol? —murmuró la joven.

—No lo sé. Se llevaron su secreto al infierno.

—¿Enviarán a otros a intentarlo?

—No creo. En la Tierra ya estamos alertados, no se lo permitiríamos.

—Esos seres deben vivir en un planeta extremadamente frío, ¿no crees?

.—Seguro. Es más, yo creo que sus cuerpos no se deshacían por el hecho de haber muerto, sino porque no resistían la temperatura reinante en la Tierra. Esos holgados trajes transparentes, con los que se protegían incluso la cabeza, debían mantenerles a muchos grados bajo cero. Al ser agujereados por las balas, y entrar aire cálido, se derritieron como el hielo.

Vanessa se estremeció, al recordarlo.

Kurt posó su mano sobre el muslo de la joven y se lo oprimió ligeramente. Ella le miró.

El presentador de televisión sonrió.

—¿Estás dispuesta a cumplir tu promesa?

—¿Y si te dijese que no?

—Te dejaría volver a tu habitación.

—¿Seguro?

—¿Me crees capaz de retenerte contra tu voluntad?

—No, eso no.

—¿Qué

decides,
pues?
Vanessa
lanzó
un
suspiro.

—No puedo volverme atrás. Me comprometí a pasar la noche contigo, si me salvabas de esos horribles seres, y debo hacer honor a mi palabra.

—¿Sólo por eso vas a quedarte, por hacer honor a tu palabra?

—Sí.
—Entonces, puedes marcharte. Te desligo de tu promesa —dijo sorprendentemente
Kurt, y retiró la mano
del muslo femenino.
Vanessa parpadeó,
desconcertada.
—¿Ya no sientes deseos de pasar la noche conmigo?
—Tenemos que sentir ese deseo los dos, Vanessa, para
que la cosa resulte bien. La joven bajó la mirada.
—Tú sabes que yo también ¡o deseo, Kurt, pero ya te expuse las razones por las cuales no...
Kurt, tranquilamente, le quitó la copa de las manos y la dejó, junto con la suya, en el suelo.
Luego, la abrazó y la besó en los labios, poniendo en
juego toda su experiencia. Poco a poco, la obligó a
descansar la espalda contra la cama.
Entonces, despegó un instante su boca de la de ella y confesó:
—Estoy
enamorado de
ti, Vanessa. A
la joven le
brillaron los
ojos.
—¿Estás... seguro?
—Si no lo estuviera, no te lo diría.
—¿No será una treta para...?
—¿Me crees capaz de algo tan sucio?
—No, me parece que eres sincero.
—Tan sincero, que deseo que nos casemos. Aquí mismo, en Miami. Suponiendo que tú también lo desees, naturalmente...
—¿A ti qué te parece?
Kurt Lang, antes de responder, maniobró unos segundos con el vestido de Vanessa
Ballard y dejó a la joven con el torso desnudo.
Tras darle la mirada que un busto tan hermoso como aquél se merecía, respondió:
—Una maravilla.
—Yo no me refería a mis senos, atrevido —rió Vanessa, y le dio una bofetadita.
Kurt la besó con ardor, cubriéndola al mismo tiempo de caricias,
cada vez más audaces. Vanessa se entregó a él sin reservas.
Curioso.
Realmente curioso.

Hasta un momento antes, los dos parecían estar extenuados, deseosos de echarse en la cama y dormirse en seguida. Se habían echado en la cama, sí.

Pero, de
dormirse en
seguida, nada.
Y sólo un tonto
preguntaría por
qué.

F
I
N